

Cuentos para chiquitines



ANTROPOSÓFICA

Este era un gato

Este era un gato
que tenía los pies de trapo
y la barriguita al revés.
¿Quieres que te lo cuente otra vez?
-Sí
-Yo no te digo que digas "sí",
sino que este era un gato
que tenía los pies de trapo
etc., etc...

Anónimo (España)

El padre y los hijos

Este era un hombre que tenía dos hijos, uno era grande y el otro era chiquito; uno se llamaba Pancho y el otro Panchito.

Cuando el hombre se levantaba, se levantaba con sus dos hijos; uno era grande y el otro chiquito; uno se llamaba Pancho y el otro Panchito.

Cuando el hombre desayunaba, desayunaba con sus dos hijos; uno era grande y el otro chiquito; uno se llamaba Pancho y el otro Panchito.

Cuando el hombre almorzaba, almorzaba con sus dos hijos; uno era grande y el otro chiquito; uno se llamaba Pancho y el otro Panchito.

Cuando el hombre comía, comía con sus dos hijos... etc.

(Pueden añadirse otras acciones: peinar, saltar, bailar, dormir, etc...)

Tres pequeños gatos

Cuento ruso

En el jardín al pie de un banco
Hay tres gatitos jugando.
Uno negro, uno gris y uno blanco.

De repente, una ratita muy fina
Ha entrado en el saco de harina

Los gatitos saltan dentro del saco
Y hete aquí, que ahora todos son blancos.

La ratita que todo lo ha percibido
Intenta salir por un agujerito
Y dentro de la chimenea ha caído.

De un salto los gatos también lo hicieron
Y también ellos al fondo cayeron.

Los gatitos que son muy traviosos
Ahora, se han vuelto muy, muy negros.

En la orilla soleada del lago
La rana se toma un baño
Y caza moscas todo el año.

Los gatos prudentes se acechan
Y con ojos abiertos observan.

Y zas, los gatos al agua han saltado
Pero la rana se ha escapado.

Todos mojados y tiritando
Como al principio están quedando:
Uno negro, uno gris y uno blanco.

Patito ensaya su voz

Cuento de Estados Unidos

Érase una vez un patito muy gordito, que deseoso de conocer mundo, se escapó un día de su casa. Andando de un lado para otro se encontró a un gatito.

-¡Miau!- dijo Gatito.

-¡O-o-oh! -exclamó Patito-. Me parece que yo también lo puedo decir.

¿Pero creéis que Patito dijo ¡Miau!?

¡De ningún modo!

Lo intentó, pero lo más que llegó a decir fue:

-¡Miac!, ¡miac!

Lo que no sonaba nada bien.

Entonces Patito se fue, balanceándose como siempre al andar, y al cabo de un rato se encontró a un perrito.

-¡Guau!, ¡guau! -dijo Perrito.

-¡O-o-oh! -exclamó Patito-. Me parece que yo también lo puedo hacer. ¿Pero creéis que Patito dijo: ¡Guau, guau!?

¡De ningún modo!

Lo intentó, pero lo más que llegó a decir fue:

-¡Bac!, ¡bac! Lo que no sonaba nada bien.

Entonces Patito se fue, balanceándose como siempre al andar, y al cabo de un rato vio a un pajarito en un árbol.

-¡Tuiit-tuiit, tuiit-tuiit, tuiit!- dijo Pajarito Amarillo.

-¡O-o-oh! -exclamó en un susurro Patito-. Me parece que yo también lo puedo cantar.

¿Pero creéis que Patito cantó ¡tuiit-tuiit!?

¡De ningún modo!

Lo intentó lo mejor que pudo, pero lo más que llegó a cantar fue:

-¡Tuac!, ¡tuac!

Lo que no sonaba nada bien.

Entonces Patito se fue, balanceándose como siempre al andar, y al cabo de un rato vio a una vaca.

-¡Mu-u-u! -dijo doña Vaca.

-¡O-o-oh! -pensó Patito-. Me parece que yo también puedo mugir así.

¿Pero creéis que Patito pudo decir: ¡¡Mu-u-u!?

¡De ningún modo!

Lo intentó, pero lo único que consiguió fue:

-¡Me-ec!, ¡me-ec!

Lo que no sonaba nada bien.

Entonces Patito se puso muy triste.

No podía decir Miau, como Gatito

No podía decir Guau-guau, como Perrito

No podía decir Tuiit, Tuiit, como Pajarito Amarillo.

No podía decir Mu-u-u, como doña Vaca.

Y siguió andando despacio, balanceándose como siempre. Al cabo vio a su madre, a Mamá Pata, que había salido en su busca.

-¡Cuac!, ¡cuac!- gritó Mamá Pata.

-¡O-o-oh!- se dijo para sí alegremente Patito-. Éste es el

sonido más bello de todo el mundo. Me parece que yo también puedo hacerlo.

Y entonces vio que podía decir:

-¡Cuac!, ¡cuac!

Y lo hacía muy bien.

El pollito de la avellaneda

Cuento popular español

Canción:

*Pica, pica la gallina,
pica, pica por doquier,
semillitas y raíces
que a ella le gusta comer*

Pues señor, este era un pollito que picoteaba con su gallinita en la avellaneda, se le atragantó una avellana, y se iba a ahogar. Así que la gallinita corrió a casa de la dueña para decirle:

-Dueña, buena dueña, ven a sacar la avellana a mi pollito, que está en la avellaneda y se va a ahogar.

Pero la dueña le contestó:

-¡Ay, gallinita, mi gallinita, que no tengo zapatos! Dile al zapatero que te los dé.

Entonces la gallinita corrió a casa del zapatero:

-Zapatero, buen zapatero, dame los zapatos de mi dueña, para que vaya a sacar la avellana a mi pollito, que está en la avellaneda y se va a ahogar.

Pero el zapatero le contestó:

-¡Ay, gallina, mi gallinita, que no tengo cuero, dile a la cabra que te lo dé!

Entonces la gallinita corrió a casa de la cabra:

-Cabra, buena cabra, dame cuero para el zapatero, para que haga los zapatos de mi dueña, para que vaya a sacar la avellana a mi pollito, que está en la avellaneda y se va a ahogar...

Pero la cabra le contestó:

-¡Ay, gallina, mi gallinita, que mi cuero tiene hambre, dile al prado que te dé hierba!

Entonces la gallinita corrió al prado para decirle:

-Prado, buen prado, dame hierba para la cabra para que dé cuero al zapatero, para que haga los zapatos de mi dueña, para que vaya a sacar la avellana a mi pollito, que está en la avellaneda y se va a ahogar...

Pero el prado le contestó:

-¡Ay, gallina, mi gallinita, que mi hierba está muy seca, dile a las nubes que te den agua!

Entonces la gallinita voló a las nubes para decirles:

-Nubes, buenas nubes, dad agua al prado, para que dé hierba a la cabra, para que dé cuero al zapatero, para que haga los zapatos de mi dueña, para que vaya a sacar la avellana a mi pollito, que está en la avellaneda y se va a ahogar...

Y entonces las nubes, las buenas nubes, dieron agua al prado, el prado dio hierba a la cabra, la cabra dio cuero al zapatero, el zapatero hizo los zapatos de la dueña, que fue a sacar la avellana al pollito que estaba en la avellaneda y no se ahogó...

Canción:

*Pica, pica la gallina,
pica, pica por doquier,
semillitas y raíces
que a ella le gusta comer*

Semillas

Érase una vez un niño que vivía en una casa rodeada de un gran jardín. Los árboles y las flores del jardín eran amigos. Un día su madre le dio un puñado de semillas y le dijo:

-Vamos al jardín a sembrar estas semillas en la tierra. Si las cuidamos mucho y con la ayuda de todos los amigos, veremos cómo crecen.

Los primeros ayudantes serán las hadas de la lluvia que cantarán:

-¡Ya es hora de despertar!

Luego vendrán las hadas de la tierra y ayudarán a las raíces para que crezcan y se arraiguen con fuerza. Luego vendrán las hadas del viento, jugarán con las hojas y ayudarán a las plantas a crecer hacia el sol. Y al fin un día las plantas notarán que algo brilla en sus capullos; abrirán sus pétalos y ¿a quién verán? ¡al sol!

El niño llevó las semillas al jardín y las plantó en la tierra. Las cuidó con mucho cariño, y juntos, las plantas y el niño, recios y fuertes crecieron.

El girasol

Cuento alemán

Dos gallitos paseaban por el corral. Encontraron dos semillas.
-¡Co - co - co! -dijo Cresta Dorada,- ya he comido y no quiero más.

-¡Co - co - co!-dijo Cresta Roja- yo tampoco quiero, vamos a esconderlas.

Cresta Dorada escondió su semilla en una cajita vacía. Cresta Roja hizo un hoyito al lado de la tapia y puso allí la semilla. Apenas tapó el hoyito con tierra, empezó a llover.

-¡Co - co - co! - rió Cresta Dorada,- se mojará tu semilla.
¡Mira cómo la has escondido! Da risa.

Cresta Roja quiso responder, pero prefirió callar. Pasó el verano, llegó el otoño, crecieron los gallitos, se convirtieron en hermosos gallos.

-¡Co - co - co! -gritó Cresta Dorada,- comeré mi semillita que guardé en la cajita. Lástima que es sólo una, no me llenará.

-También iré a comer -sonrió Cresta Roja, y se acercó a la tapia donde había enterrado la semillita.

Allí había crecido un gran girasol y en lugar de una, tenía muchas semillitas.

-¡Venid! -gritó Cresta Roja.

Invitó a gallinas, pollitos, patitos... convidó a todos a semillas, hubo para todos y hasta sobraron.

El caracol

El caracol
bajo un árbol su casita
tiene, dura y redondita,
muy a oscuras, porque el sol
no le gusta al caracol.

Y suele así cantar:
"Sólo una salita
tiene mi linda casita
y en ella soy muy feliz
¡pues me basta para mí!"

¡Ay caracol,
pareces un ermitaño!
Si eres siempre tan huraño,
verás que, a solas contigo,
nunca tendrás un amigo.

España

El caracol que quería buscar el sol

Cuento catalán, recopilado por Joan Amadeus

Había una vez
Un pequeño caracol
Que quería conocer
El lugar por el que salía el sol

...Y camina que caminarás, no descansó en siete días y siete noches. Aún no lo había encontrado, pero se paró, porque le empezó a dar un dolor muy fuerte en la barriga. Vio una col y quiso cortar una hoja para hacerse una sopita que aliviaría el dolor. Y tira que tirarás, no la pudo arrancar.

Con estas pasó un ESCARABAJO y le dijo:
-¿Qué haces caracol?
-Quiero arrancar esta hoja de col,
pues he pillado un buen dolor,
yendo a ver por dónde sale el sol.
-Como veo que solo no puedes, yo te ayudaré.
Y el escarabajo agarró al caracol
y tira que te tirarás,
pero a pesar del esfuerzo
la hoja no se movió.

Con estas pasó una RANA
-¿Qué hacéis aquí tan ajetreados?

Y el escarabajo respondió:
-Quiero ayudar al caracol
a arrancar la hoja de la col
pues ha pillado un buen dolor
al ir a ver por donde sale el sol.

La rana respondió:
-Como veo que solos no podéis, yo os ayudaré.
Y la rana agarró al escarabajo,
el escarabajo agarró al caracol,
y los tres tira que te tirarás,
tira que te tirarás
y la hoja no se quería soltar.

Con estas pasó un SAPO y dijo:

-¿Qué hacéis tan ajetreados?

Y le contestaron:

-Ayudamos al caracol
a arrancar la hoja de la col,
pues ha pillado un buen dolor
al ir a ver por dónde sale el sol.

-Como veo que solos no podéis, yo os ayudaré.
Y el sapo agarró a la rana,
la rana agarró al escarabajo,
el escarabajo agarró al caracol,
y los cuatro tira que te tirarás,
tira que te tirarás,
pero la hoja no se quería soltar.

Con estas pasó una ARDILLA y dijo:

-¿Qué hacéis tan ajetreados?

Y le contestaron:

-Ayudamos al caracol
a arrancar la hoja de la col,
pues ha pillado un buen dolor
al ir a ver por dónde sale el sol.
Como veo que solos no podéis, yo os ayudaré.
Y la ardilla agarró al sapo,
el sapo agarró a la rana,
la rana agarró al escarabajo,
el escarabajo agarró al caracol,
y los cinco tira que tirarás,
tira que tirarás, pero la hoja no se soltó.

Con estas pasó un CONEJO y dijo:

-¿Qué hacéis tan ajetreados?

Y le contestaron:

Ayudamos al caracol
a arrancar la hoja de la col,
pues ha pillado un buen dolor
al ir a ver por donde sale el sol.
Como veo que solos no podéis, yo os ayudaré.
Y el conejo agarró a la ardilla,
la ardilla agarró al sapo,
el sapo agarró a la rana,
la rana agarró al escarabajo,
el escarabajo agarró al caracol,
y tira que tirarás, tira que tirarás
y tanto tiraron que arrancaron la hoja de la col
y con ella la col entera,
pero del tirón todos cayeron al suelo y quedaron:

Deslomados,

Aplastados,

Descostillados,
Cuellotorcidos,
Desnarigados,
Patiquebrados

Todos, todos excepto el escarabajo
que fue a pedir ayuda y la encontró.
Pronto estuvieron todos curados,
haciéndose entre ellos muy buenos amigos
y fue también así como el cuento se terminó.

Versión libre de Auria Gómez Galcerán. Se puede hacer una versión más larga, añadiendo otros animales como el gato, el zorro, el perro, el lobo y el asno.

Matariki y las siete estrellas

(Matariki es el hombre Maori para las estrellas conocidas como las Pléyades del grupo de las Siete Hermanas, relacionadas con la celebración del año nuevo Maori)

Un día mamá pez les dijo a sus siete hijitos:

-Escuchadme con mucha atención. Aseguraos de nadar cerca de las rocas y no os aventuréis por el mar abierto pues hoy Tataraimaka va a pescar.

Tataraimaka era un gigante pescador que tenía una enorme red negra ésta hacía magia y había sido tejida con el lino que crecía en la Bahía de los Espíritus.

Un día que el mar estaba tranquilo, brillante y transparente, apareció un hermoso arco iris que bailaba con las estelas de agua. Los pececillos encantados con todos sus colores, inventaban juegos muy divertidos y así, pronto olvidaron las advertencias de su mamá y no tuvieron cuidado ante el peligro que se avecinaba. La negra red golpeó el agua de improviso y los siete pececillos fueron atrapados. Lloraban y lloraban haciendo cada vez más salado el mar con sus lágrimas.

Tane, el Dios de la luz, escuchó sus llantos y se compadeció de ellos; así pues, le quitó la red a Tataraimaka y alzándola

hacia lo más alto, transportó a los pececillos hasta el cielo. Allí se convirtieron en brillantes estrellas que puedes ver cada noche allá lejos, en el horizonte.

Seis de ellas tienen nombre: Toheti, Toheta, Tupu a rangi, Tupuanuku, Ururangi y Waipuna a rangi. La séptima permanece sin nombre porque es la estrella de todos los niños del mundo, la tuya también. Antes de dormir, desde tu camita puedes ponerle un nombre y así, cuando cierres los ojos, dormirás entre amigos con felices sueños.

Una historia de Micael

*Del Jardín de Infancia de Washington, USA
Bella Schauman*

Un día, al final del verano, un niño pequeño se fue con su padre a pasear por los campos y los huertos. El aire era fresco y cristalino, y la luz como el oro. El sol brillante había llenado todos los granos de trigo con luz de verano. Los granos de trigo en sus espigas estaban a punto de reventar sus cáscaras. Las manzanas en los árboles estaban gordas y coloradas, a punto de caer al suelo.

Durante el día, el niño y su padre estuvieron trabajando. El padre afilaba su guadaña una y otra vez. Silbaba y cantaba mientras cortaba el trigo dorado. El niño tuvo que subir por una escalera alta para recoger de los árboles las manzanas amarillas y rojas.

Al principio, tenía miedo de subir por la escalera. Pensaba que podría caerse, pero luego se llenó de valor y subió. Subido en lo alto de la escalera del huerto, llenó cestas y cestas de manzanas maduras y coloradas.

Finalmente se hizo tarde. El padre y el niño habían trabajado mucho y bien. Volvieron a casa donde les esperaba la madre con una deliciosa cena, y luego se fueron a la cama. Aquella noche, mientras el niño estaba durmiendo, el Arcángel Micael se le acercó y le dijo:

-Vente conmigo, te enseñaré algo especial.

Micael tomó al niño de la mano y juntos subieron alto, alto, alto, hasta que llegaron al reino de las estrellas. Las estrellas irradiaban y brillaban y cuando Micael pasó por delante de ellas las tocó con su espada luminosa. Tanto amor y fuerza emanaban del toque de la espada que hizo estremecer a las estrellas, dejando brillante luz y deslumbrantes trazos de fuego al pasar ante ellas.

Siguieron adelante, y Micael le contó al niño lo contento que estaba de haberle visto cosechar manzanas durante todo el día en la huerta. Había visto al niño subido a la escalera, llenando las cestas con manzanas maduras y coloradas durante todo el día. Entonces Micael tomó su espada brillante y la transformó en una lira y se puso a tocar con ella una canción. La canción era tan pura, buena y verdadera que el niño se quedó mucho tiempo escuchando.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, el niño le habló a su padre de Micael, de su espada luminosa y de la música de la lira.

-Me gustaría ir otra vez a ver las estrellas, -dijo.

Su padre le dijo:

-Vente conmigo, te enseñaré algo especial. Hoy no iremos a cosechar en los campos y los huertos. Hoy trabajarás en casa.

Durante toda la mañana, el padre, la madre y el niño abri-llantaron las manzanas amarillas y rojas que el niño había cosechado el día anterior.

Cuando terminaron, era hora de comer. La madre tomó un cuchillo y cortó en dos una manzana brillante y roja. Y allí dentro encontró una estrella...

El gnomo de las manzanas

Cuento recopilado por Laura Pla

Bajo un gran pino, cerca del camino, vivía un pequeño gnomo, no más grande que una seta.

Cuando llegó el otoño, el pequeño gnomo, pensó que necesitaba recoger las manzanas del huerto, si quería llenar la despensa para pasar el largo invierno.

Al día siguiente, de madrugada, se puso las botas, el abrigo y el gorro, se ciñó la mochila a la espalda y se puso en camino. Pero al poco de caminar por el bosque, oyó de pronto un pequeño ruido: crec, crec, crec; y se topó con la cara de un zorro que lo estaba vigilando con sus astutos ojos verdes.

Corre que te corre. El pequeño gnomo volvió raudo a su casa y dijo:

- ¡Uf! Casi he dejado la piel ¡En otro momento volveré!

Al día siguiente, de madrugada, se puso las botas, el abrigo y el gorro, se ciñó la mochila a la espalda y se puso en camino. Esta vez salió del bosque sin sobresaltos hasta que llegó a un bello prado donde pastaban las vacas; muu, muu, muu...

La mayor de todas las vacas sacó su larga y larga lengua, como si quisiera comerse al pequeño gnomo, y él, muy asustado, volvió corriendo hasta su pino:

-¡Uf! ¡Ahí casi he dejado la vida! ¡Volveré otro día!

Al día siguiente, oyó el tintineo de las campanas del pueblo. El pequeño gnomo salió con sus botas, abrigo, el pequeño gorro y la mochila a la espalda y atravesó el bosque, cruzó el prado y llegó hasta el huerto. ¡Las manzanas estaban tan altas y él estaba tan abajo!

El viento jugaba alegremente entre las ramas del árbol, y al ver al gnomo tan triste... hizo caer amablemente la más dulce manzana hasta sus manos. ¡Qué alegría!

El gnomo le saludó alegremente, dio las gracias y después de guardar la manzana en la mochila, regresó a su casa. ¿Qué creéis que pasó luego? En su casa, el pequeño gnomo se comió un trozo de manzana hasta quedar bien saciado, y luego... luego partió a trozos la manzana que quedaba, la puso en una cacerola con azúcar y dándole vueltas y más vueltas, hizo una buena mermelada. Cuando hubo terminado, y tenía todos los botes llenos, estaba tan cansado que se tumbó en su pequeña camita de musgo y se durmió. Y la luna, desde la ventana, dulcemente le cantó para acunarlo...

La gallinita roja y el zorro

Cuento irlandés

En alguna parte, en una casita pequeña al lado del bosque vivían un gatito, un ratoncito y una gallinita roja. Allí, el gatito tenía una cesta blanda, el ratoncito tenía un agujero profundo y la gallinita roja una alta barra de gallinero. Una mañana, la gallinita roja se despertó y dijo:

-¿Quién se levantará y encenderá el fuego en el horno?

-Yo no, -dijo el gatito.

-Yo tampoco, -dijo el ratoncito.

-Pues lo haré yo, -dijo la gallinita roja. Y se fue a encender el fuego.

Cuando el fuego estaba encendido, dijo la gallinita roja:

-¿Quién barrerá la salita?

-Yo no -dijo el gatito.

-Yo tampoco -dijo el ratoncito.

-Pues lo haré yo -dijo la gallinita roja. Y se fue a barrer la salita.

Cuando la salita estaba barrida, dijo la gallinita:

-¿Quién preparará el desayuno?

-Yo no -dijo el gatito.

-Yo tampoco -dijo el ratoncito.

-Pues lo prepararé yo -dijo la gallinita roja.

Y se fue a preparar el desayuno.

Cuando el desayuno estaba preparado, dijo la gallinita roja:

-¿Quién tomará este desayuno?

-Yo -dijo el gatito.

-Yo también - dijo el ratoncito.

-¡No!, lo tomaré yo solita -dijo la gallinita roja-, a no ser que me prometáis que desde ahora me ayudaréis siempre.

-Lo haremos -dijo el gatito.

-Lo haremos -dijo el ratoncito.

Así la gallinita roja sintió compasión de sus amigos y compartió con ellos el desayuno.

Cuando terminaron con el desayuno, la gallinita roja miró por la ventana. ¿Y a quién vio en la calle? ¡Al zorro!

-¡Viene el zorro! -gritó, y corrió a su barra del gallinero.

-¡Viene el zorro! -gritó el gatito y se enrolló en su cesta.

-¡Viene el zorro! -gritó el ratoncito y se metió en su agujero.

El zorro entró en la casita.

-Buenos días, ratoncito. Buenos días, gatito. Buenos días, gallinita roja. ¿Quién de vosotros me rascará la piel?

-Yo no -dijo el gatito.

-Yo tampoco -dijo el ratoncito.

Pues te rascaré yo -dijo la gallinita roja.

Le rascó y le rascó, desde el rabo hasta las orejas. Cuando llegó a las orejas, el zorro le dio un zarpazo y metió a la gallinita en un saco.

-¿Quién me ayudará? -gritó la gallinita roja desde el saco.

-Yo no - dijo el gatito, y se agachó aún más en su cesta.

-Yo tampoco -dijo el ratoncito, y se encogió aún más en su agujero.

Ellos creyeron que de esta forma se podrían salvar. Pero no era así. El zorro dio un salto, cogió al gatito de la cesta, atrapó al ratoncito del agujero y los metió en el saco, junto a la gallinita roja. Se colgó el saco en su espalda y se fue hacia su casa.

Era un día muy bonito y caluroso, y el saco con el gatito, el ratoncito y la gallinita roja le pesaba cada vez más al zorro. Lo tiró al suelo, se tumbó en la sombra, y se durmió.

Apenas se había dormido, cuando la gallinita roja sacó unas tijeras pequeñas de debajo de su ala, una aguja y un hilo, y dijo:

-¿Quién cortará con las tijeras?

-Yo -dijo el gatito.

-Yo también -dijo el ratoncito.

Y así, con fuerzas unidas, cortaron el saco y salieron de él.

Cuando estaban libres, dijo la gallinita roja:

-¿Quién me traerá piedras?

-Yo -dijo el gatito.

-Yo también -dijo el ratoncito.

Y así, con fuerzas unidas, trajeron tres piedras y las metieron en el saco. Cuando las piedras estaban en el saco, dijo la gallinita roja:

-¿Quién coserá el saco?

-Yo -dijo el gatito.

-Yo también -dijo el ratoncito.

Y así, con fuerzas unidas, remendaron el saco y se fueron corriendo a casa. Desde aquel día, el gatito y el ratoncito ayudaron siempre a la gallinita roja.

¿Y qué pasó con el zorro? Se despertó después de un rato, tomó el saco, se lo puso por encima de los hombros y se fue a su casa.

...de los ...

La fiebre

Cuento inglés

En el tiempo en que el niño Jesús vivía entre los hombres la Tierra empezaba a morirse; los fuertes robles ya no podían aguantar las tormentas y los delicados juncos se tambaleaban hasta romperse. Las flores apenas abrían sus capullos para mirar al sol. Hombres y mujeres vagaban por la tierra con el corazón muy triste y la mirada sin esperanza.

Sólo el niño Jesús sabía que la Tierra no iba a morir, porque él había venido para traer la vida y la esperanza. Entonces llamó a los animales y les dijo:

-Uno de vosotros será mi mensajero y viajará por todo el mundo diciendo a cuantos se encuentre: la Tierra volverá a la vida, pues ha venido el niño Jesús.

Entonces todos los animales se apresuraron a decirle:

-¡Mándame a mí, mándame a mí!

El niño Jesús vio que la elección iba a ser muy difícil y dijo:

-Aquél que pueda dar la vuelta a la Tierra y volver más rápido que ninguno, será mi mensajero elegido.

El ciervo salvaje pensó:

-Yo tengo los pies más ligeros que nadie, ganaré la carrera.

Y se fue dando saltos a través de las colinas, pero al llegar a las tierras altas y rocosas no pudo resistir la tentación de jugar entre las rocas. Y estaba tan contento jugando que se olvidó de que el tiempo pasaba.

El salmón se dijo:

-Puedo nadar por el agua y flotar en la corriente, iré mucho más rápido que las pesadas bestias.

Pero cuando vio los rayos de sol brillando en el agua, pensó que eran moscas de oro. Todo el día estuvo tratando de cazar a los brillantes insectos y así estuvo hasta el anochecer.

El halcón dijo exultante:

-Soy el más rápido de toda la Tierra.

Y salió disparado como una flecha hacia el cielo azul. Pero de repente sus ojos vieron un pequeño ratón campestre entre los maizales. Derecho como el plomo descendió y olvidó su viaje en la alegría de la persecución.

Sólo la liebre se mantuvo firme en su camino, sin ir a izquierda ni a derecha, mirando siempre hacia adelante. Rápida emprendió su carrera, y justo cuando el sol empezaba a ponerse acabó su vuelta a la Tierra. Así fue como la liebre fue elegida mensajera del niño Jesús.

Pero cuando el señor le dijo que llevara la buena nueva a todos los hombres, la liebre se sobresalto:

-¿Cómo podré hacer que me crean?

Y entonces el niño Jesús le pidió al cuervo que le regalara uno de sus huevos:

-Enséñales este huevo -dijo nuestro Señor-, y diles; así como la yema dorada brilla en el huevo, así el niño que vino del cielo trajo la luz del sol a la Tierra, y la Tierra no morirá, sino que vivirá de nuevo.

Y entonces la liebre emprendió su camino con alegría.

El rábano gigante

Cuento ruso

En una mañana de primavera el abuelito encontró un montoncito de semillas de rábano en su jardín. El tiempo pasó y la lluvia fue cayendo sobre las semillas, el sol las calentó y así los rábanos comenzaron a crecer y a crecer. Cada día crecían más rápido y más altos. Pero uno de ellos creció muchísimo más que los otros, creció y creció inmensamente, hasta convertirse en un rábano gigante, nadie había visto jamás uno tan enorme.

Un día el anciano hombre imaginó en su plato aquel rábano para la cena, se puso su chaqueta y sus grandes botas de campo y salió al jardín. Agarró el rábano por las hojas y tiró y tiró con todas sus fuerzas, pero no logró desenterrarlo.

El abuelito llamó entonces a su mujer para que le ayudara a tirar del enorme rábano. La anciana agarró por la cintura al anciano. Entonces el hombre tiró y tiró y la mujer tiró con él. Tiraron y tiraron con todas sus fuerzas pero no lograron desenterrarlo.

La abuelita llamó al nieto para que les ayudara. El niño agarró a la anciana por la cintura. Entonces el abuelito tiró y la abuelita tiró y tiró el niño también. Tiraron y tiraron con todas sus fuerzas pero no lograron desenterrarlo.

El niño llamó a la niña para que les ayudara a tirar del enorme rábano. La niña agarró por el jersey al niño. Entonces el abuelito tiró, la abuelita tiró, el nieto tiró y tiró la nieta también. Tiraron y tiraron con todas sus fuerzas pero no lograron desenterrarlo.

La niña llamó a un gran perro para que les ayudara a tirar del enorme rábano. El gran perro agarró a la nieta por la falda. Entonces el abuelito tiró, la abuelita tiró, el nieto tiró, la nieta tiró y tiró el gran perro también. Tiraron y tiraron con todas sus fuerzas pero no lograron desenterrarlo.

El gran perro llamó a un gato blanco para que les ayudara a tirar del enorme rábano. El gato blanco agarró al gran perro por la cola. Entonces el abuelito tiró, la abuelita tiró, el nieto, la nieta, el perro tiró y tiró el gato blanco también. Tiraron y tiraron con todas sus fuerzas pero no lograron desenterrarlo.

El gato blanco llamó a un ratón para que les ayudara a tirar del enorme rábano. El ratoncito se agarró a la cola del gato. Entonces el abuelito tiró, la abuelita tiró, el nieto tiró, la nieta tiró, el gran perro tiró, el gato blanco tiró y tiró el ratoncito también. Tiraron y tiraron con todas sus fuerzas. Y en ese mismo momento tirando todos a la vez ¡zas!, consiguieron desenterrar el enorme rábano. Y con aquel fuerte tirón que dieron todos, cayeron uno tras otro al suelo.

El enorme rábano cayó encima del abuelito,
el abuelito cayó encima de la abuelita,
la abuelita cayó encima del nieto,
el nieto cayó encima de la nieta,
la nieta cayó encima del gran perro,
el gran perro cayó encima del gato blanco,
y el gato blanco cayó encima del ratoncito.

Se levantaron todos enseguida, sacudieron sus ropas y empezaron a reír a carcajadas y durante un rato bien largo no pudieron parar de reír. Luego cargaron entre todos el enorme rábano hasta la cocina. El abuelito lo cortó y preparó una deliciosa cena con él. Entonces el abuelo, la abuela, el nieto, la nieta, el gran perro, el gato blanco y el ratoncito comenzaron a comérselo, comieron y comieron hasta quedar completamente llenos. Pero no pudieron terminar con todo el rábano. Había suficiente todavía para cenar todos juntos otra vez al día siguiente y al otro, y al otro...

Y éste es el fin de la historia del rábano gigante.

Aventura de Periquito

Cuento de Colombia

Una vez que Periquito
vio un claro y limpio arroyuelo,
pensó bañarse y, sin más,
dejó su ropa en el suelo.
Desnudo como un sapito
se puso a nadar contento,
cuando se llevó sus ropas
una ráfaga de viento.

Salió del agua y se puso
a llorar con desconsuelo.
Una vaca que pasó
se arrancó un trozo de cuero.
Y al minuto le entregaba
un par de zapatos nuevos.

Un gusanito de seda
se puso a tejer ligero,
una camisa de seda
le preparó con esmero
y una ovejita, su lana
teje que teje, tejiendo,
le tejió unos pantalones
como a medida hechos.

[Illegible handwritten text]

eran sus buenos amigos
aquellos tres compañeros
que saliendo por sorpresa
a Periquito vistieron
con camisita, zapatos
y pantaloncitos nuevos.

Periquito muy contento
uno a uno agradeció
jugó con el viento un rato
y pronto a casa volvió.

El magnífico gallo y la pequeña hormiga

Cuento norteamericano

Había una vez un magnífico gallo, un héroe orgulloso y poderoso. Una mañana soleada iba jactancioso con sus espléndidos pantalones de aquí para allá en el corral, picoteando granos y gusanos. Se topó con una pequeña hormiga que estaba luchando por llevar un grano de semilla que era mucho más grande que ella. El magnífico gallo le dijo:

-¡Bueno, bueno, pequeña hormiga, yo podría comer todo tu grano y comerte a ti también!

A pesar de que el gallo magnífico era tan orgulloso y espléndido, la pequeña hormiga no le temía en absoluto. Ella le replicó con calma:

-Por favor no te comas mi pequeño grano de semilla porque mis hijos lo necesitan. Mis hijos me necesitan a mí también, así que no me comas tampoco a mí. Sería mucho más amable si me ayudases a llevar este grano de semilla. Estoy luchando por ello porque es mucho más grande que yo.

Esto divirtió al magnífico gallo y le preguntó:

-¿Por qué debería yo, héroe poderoso, llevar para ti, una pequeña hormiga, este grano de semilla?

La pequeña hormiga le replicó nuevamente con calma:
-Porque unos deben ayudar a otros.

Entonces el magnífico gallo cacareó y rió, cogió el grano de semilla en su pico y lo llevó al hormiguero para la pequeña hormiga. Cuando ella le dio las gracias se inclinó majestuosamente ante ella. Luego con sus espléndidas plumas, jactancioso, siguió yendo de aquí para allá en el corral.

Ocurrió que delante de la puerta del corral había escondido en la hierba alta un zorro muy astuto que observaba al magnífico gallo. De repente el gallo oyó una voz que le murmuraba desde alguna parte:

-Héroe poderoso ¿no te gustaría cacarear la hora del día para nosotros? Tal vez aquí abajo en la puerta del corral, donde todos te podamos admirar.

El gallo se sintió especialmente soberbio y poderoso, y voló hasta la puerta del corral aleteando y cacareando orgullosamente: ¡Ki ki ri ki!

Entonces oyó la misma voz desde alguna parte diciendo:
¡Maravilloso! pero ¿no sabías, héroe poderoso, que los héroes más poderosos y orgullosos cacarean con los ojos cerrados?

El magnífico gallo volvió a aletear sus alas, cerró los ojos y cacareó aún con más orgullo y poder. ¡Ki ki ri ki!, y mientras sus ojos estaban cerrados, el astuto zorro se lanzó sobre él, agarrando sus espléndidos pantalones de pluma, y corrió como el viento a su guarida con el magnífico gallo entre los dientes.

Entonces la oveja llamó al caballo:

-Caballo, el perro dice que el ganso dice que el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho

que el astuto zorro ha atrapado a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces el caballo llamó a la vaca:

-Vaca, la oveja dice que el perro dice que el ganso dice que el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha atrapado a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces la vaca llamó a la lechera:

-Lechera, el caballo dice que la oveja dice que el perro dice que el ganso dice que el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces la lechera llamó al granjero:

-Granjero, la vaca dice que el caballo dice que la oveja dice que el perro dice que el ganso dice que el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha atrapado a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Cuando el granjero oyó esto, abrió la puerta del corral y corrió tras el astuto zorro, y la lechera corrió tras el granjero, y la vaca corrió tras la lechera, y el caballo corrió tras la vaca, y la oveja corrió tras el caballo, y el perro corrió tras la oveja, y el ganso corrió tras el perro, y el pato corrió tras el

ganso y la querida gallina corrió tras el pato y la pequeña hormiga corrió tras de todos.

Y el granjero llamó, y la lechera gritó, y la vaca hizo "muuu", y el caballo relinchó, y la oveja baló, y el perro ladró, y el ganso grazno, y el pato graznó, y la querida gallina cloqueó, y la pequeña hormiga estaba en silencio porque necesitaba su aliento para correr tras los otros. Y el magnífico gallo dijo al astuto zorro mientras colgaba de sus dientes:

-Astuto zorro, nunca llegarás a tu guarida conmigo. ¿No has oído que el granjero, la lechera, la vaca, el caballo, la oveja, el perro, el ganso, el pato, la querida gallina ya están bastante cerca, y detrás de todos corre también la pequeña hormiga?

Y el astuto zorro replicó:

-¡Ay, yo puedo correr mucho más rápido que el granjero, la lechera, la vaca, el caballo, la oveja, el perro, el ganso, el pato, la querida gallina y la pequeña hormiga que está corriendo detrás de todos!

Pero mientras el astuto zorro tenía abierta la boca para hablar, el magnífico gallo huyó, voló hacia un árbol, aleteó sus alas y alzó su voz para cacarear el ki ki ri ki más orgulloso, poderoso y triunfante ¡que jamás se había oído!

Entonces llegaron todos: el granjero, la lechera, la vaca, el caballo, la oveja, el perro, el ganso, el pato, la querida gallina y detrás de todos venía aún corriendo la pequeña hormiga.

El astuto zorro se fue corriendo hacia su guarida con las manos vacías.

El magnífico gallo bajó del árbol volando y dio las gracias al granjero, pero el granjero le dijo:

-No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da gracias a la lechera porque ella es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias a la lechera, pero la lechera le dijo:

-No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da las gracias a la vaca, porque ella es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias a la vaca, pero la vaca le dijo:

-No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da las gracias al caballo, porque él es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias al caballo, pero el caballo le dijo:

-No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da las gracias a la oveja, porque ella es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias a la oveja, pero la oveja le dijo:

-No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da las gracias al perro, porque él es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias al perro, pero el perro le dijo:

-No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da las gracias al ganso, porque él es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias al ganso, pero el ganso le dijo:

-No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da las gracias al pato, porque él es quien me lo dijo".

Entonces el gallo dio las gracias al pavo pero el pavo le dijo:
-Yo no doy las gracias a mi magnifico gallo de las gracias
a la querida gallina porque ella es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias a la querida gallina pero la
gallina le dijo:

-Yo no doy las gracias a mi magnifico gallo de las gracias
a la pequeña hormiga porque ella es quien me lo dijo".

Entonces el magnifico gallo dio las gracias a la pequeña
hormiga y la pequeña hormiga le saludó cordialmente con sus
patas delanteras y le dijo:

-De nada magnifico gallo. Unos siempre deben ayudar a
otros!

Y entonces la querida gallina le dijo al magnifico gallo:

-Vuelve mi hermosa pollerona vuelve a con querido y des-
pues comienza tus esplendidas parolones de plumas!

El borreguito travieso

Érase una vez un pastor que tenía muchos corderos; corderos grandes y chicos, corderos blancos y negros. Cuando el sol calentaba demasiado, el pastor se paraba, reunía sus corderillos y recogía a todos los borreguitos en su manto de pastor, y todos se quedaban dormidos. ¿Todos? ¡Oh no! Mira, había uno que no tenía nada de sueño, salía de debajo del manto del pastor, y dando brincos alegres se alejaba ¡había tantas cosas que descubrir! ¡las flores, las mariposas, los pájaros!. Había un conejito que estaba sentado debajo de una mata y le dijo:

-Borreguito, vuelve, vuelve a casa borreguito que está triste el pastorcito.

El borreguito contestó:

*- "¡Bee, bee, al mundo quiero mirar
y de alegría voy a saltar!"*

Y terco como una cabra se alejó.

Se encontró con un ciervo y éste le dijo:

*- "Borreguito vuelve,
en el bosque vive un gigante,
ten cuidado que no te espante".*

El borreguito no tenía miedo, seguía al sol con sus rayos brillantes hasta llegar por fin al bosque grande y oscuro, los árboles suavemente mecían sus copas y murmuraban:

-*"Borreguito no saltes más,
vuelve prontito a pastar".*
¿y qué contestó el borreguito travieso?
*"¡Bee, bee, al mundo quiero mirar
y de alegría voy a saltar!"*

En el Bosque vivía el gigante, sacó su cabeza peluda de la cueva y le llamó: -¡Hola borreguito, ahora serás mi amiguito! -y con su mano de gigante metió al borreguito en su cueva.

Entre tanto, el pastor se había despertado. Enseguida se dio cuenta de que faltaba uno de sus corderos. Tomando su cayado se fue en busca del borreguito perdido. Se encontró con el conejito y el ciervo. Ellos le dijeron:

-*"El borreguito alegre va caminando,
por el bosque solito ya va saltando,
por todos los rincones mira, mirando"*

El pastor apresuraba sus pasos y en el bosque los árboles murmuraban:

-*"Pastor, al borreguito has de buscar,
el gigante se lo acaba de llevar"*

El pastorcillo llegó a la cueva y oyó cómo el gigante roncaba.
-Está profundamente dormido, puedo atreverme -se dijo, y pasó por encima de su barriga, pues justo detrás estaba su borreguito que de alegría dio un brinco, ¡por poco despierta al gigante! Saltó rápidamente a sus brazos y se fueron a casa.

*"¡Bee, bee!, balaba el borreguito,
que bonito es poder ver
cómo mi fiel pastorcillo
no me ha querido perder"*

El pastorcito

Ruth Elsässer

Había una vez un pastorcito que tenía una sola oveja. Porque era blanca como la nieve, la llamó precisamente así: Blancanieve.

Todos los días, el niño salía con Blancanieve, en cuanto el gallo cantaba. Iban a la pradera, allí donde el pasto era más fresco y las hierbas más tiernas.

Para poder oírla si se alejaba, le había atado al cuello una campanita dorada.

Un día, como de costumbre, salieron hacia el prado. Hacía mucho calor y pronto sintieron mucha sed. En ese momento, percibieron un murmullo que parecía venir del bosque cercano. ¿Sería agua?

Se acercaron y encontraron un fresco manantial que brotaba de una fuente entre las piedras. El pastorcito se aproximó, formó un cuenco con sus manos y bebió del agua clara, hasta calmar su sed. También la ovejita tomó agua.

Después, el niño se sintió tan cansado, que ya no quiso seguir caminando. Se acostó bajo un gran árbol y pronto se quedó dormido. La ovejita, no. Ella siguió andando, andando... cada vez más y más lejos.

En cuanto el pastorcito se despertó, miró a su alrededor, buscando a su oveja. Y empezó a llamarla: ¡Blancanieve!, ¡Blancanieve!...

Rápidamente se puso su sombrerito, alzó la bolsa y comenzó a caminar por el sendero, en busca de Blancanieve. Buscó y buscó todo el día, hasta que se hizo de noche. Cansado, se sentó sobre una piedra. Estaba muy triste y se puso a llorar. Y mientras lloraba, oyó un canto dulcísimo. Era el canto de un pájaro, que en lo alto de un árbol entonaba su canción del atardecer. En cuanto el niño lo oyó, le dijo así:

-Buen pajarito, pajarito lindo, busco a Blancanieve, mi ovejita. El pájaro escuchó, movió la cabecita y señaló con el pico hacia el bosque.

Entonces, cantó:

*Niño querido,
hacia allá se ha ido.*

El pastorcito volvió al camino del bosque. Anduvo sobre duras piedras y sobre blando musgo. De pronto, oyó un ruidito. ¿Sería un zorro? ¿Tal vez un lobo? ¡Ah, no! Era una ardilla que buscaba alguna nuez para su cena.

-Buenas tardes, querida ardilla -dijo el niño-. Dime, ¿has visto a mi pequeña oveja?

La ardillita meneó su cabecita y luego contestó:

-No, no sé dónde estará tu oveja, pero te llevaré a ver a la liebre. Tiene patas largas y puede ir muy lejos.

Llegaron a donde vivía la liebre. Era una madriguera que había cavado bajo un arbusto, para dormir protegida.

-Buenas noches, querida liebre. ¿Podrías decirme hacia dónde se ha escapado mi ovejita Blancanieve?

La liebre tampoco lo sabía.

-Te llevaré a casa de la lechuza -fue su respuesta-. Ella, con sus grandes ojos redondos, es capaz de ver en la oscuridad de la noche. Tal vez pueda darte un consejo.

¡Uh, uh...! se oyó en el bosque. Era la lechuza.

-Ahí está -dijo la liebre.

La lechuza estaba posada sobre la rama de un viejo árbol y desde allí, miraba con sus redondos ojazos, al niño. El pastorcito se armó de valor y preguntó:

-Buenas noches, lechuza. Dime, ¿no has visto a Blancanieve, mi querida ovejita?

-No -contestó la lechuza-. No sé decirte dónde está tu ovejita. No lo sé; pero más allá, en la raíz, vive un duende del bosque. Quizás él pueda ayudarte.

El niño fue hasta donde la lechuza le había indicado.

Buscó y encontró una puertecita en la raíz. Entonces, llamó:

*Hombrecito, ven acá.
Ábreme la puerta ya.*

Se abrió la puerta-raíz y apareció un enanito de larga barba. Sostenía un farolito en la mano.

-Dónde está tu oveja, no lo sé -dijo-, pero puedo guiarte y alumbrarte el camino.

Después de un rato, llegaron cerca de un pozo profundo y se detuvieron a escuchar. En el silencio del bosque se oía el

tintinear de una campanita. ¿No era la campanita dorada de Blancanieve?

¡Mee... mee...! El sonido provenía del pozo.

El hombrecito alumbró con su linterna y entonces, vieron a la ovejita blanca como la nieve, acostada en la profundidad del pozo. Se había caído y no pudo volver a subir.

-Espera - exclamó el pastorcito-. Yo iré a buscarte.

¡Mee... meé...! baló la ovejita, con alegría.

El pastorcito y Blancanieve ¡se habían reencontrado!

El niño la abrazó con fuerza, acunándola hasta que la oveja perdió el frío y el miedo. El buen enanito siguió aún acompañándolos con su farol y los guió hasta que llegaron a la casa.

*Brilla, lucecita, brilla.
Con luz el camino trazas.
Brilla, lucecita, brilla
hasta que estemos en casa.*

Los cisnes salvajes

Cuento ruso

Había una vez un padre y una madre que tenían dos hijos, una hija algo mayor y un hijito que aún estaba en la cuna. Un día, los padres dijeron a la niña: "Queremos ir a la ciudad para hacer compras, quédate en casa con tu hermano y cuídalo bien. Te traeremos un bonito pañuelo". La niña lo prometió encantada. Los padres se fueron y la niña bailó alrededor del hermanito, cantando alegremente.

De tanto cantar y bailar se olvidó de su promesa y corrió a la calle para jugar, alejándose cada vez más; desde lejos, vinieron volando los cisnes salvajes.

-Música-

Bajaron hasta donde estaba la casa de los hermanos y se llevaron al hermanito. Cuando la niña volvió y no encontró a su hermanito, se asustó mucho y empezó a llorar. Pero luego se fue corriendo a buscar al niño. Corrió y corrió hasta llegar a un horno, al cual preguntó:

-Hornito, ¿por casualidad has visto a mi hermanito?

-Primero come mi pan de cebada -dijo el horno.

-¡Ni hablar! -exclamó la niña-, ni siquiera comería pan de trigo fino, mucho menos aún pan de cebada oscuro.

-Pues yo no te diré dónde puedes encontrar a tu hermanito -dijo el horno.

Entonces la niña se fue caminando y llegó a un manzano silvestre.

-Manzano, manzanito, -exclamó la niña-, ¿por casualidad has visto a mi hermanito?

-Primero come de mis manzanitas -dijo el manzano.

-¡Ni hablar! -exclamó la niña-, ni siquiera comería fruta de mesa exquisita, mucho menos aún tus ácidas manzanas.

-Pues yo no te diré dónde puedes encontrar a tu hermanito -contestó el manzano silvestre.

La niña siguió su camino hasta que llegó a un riachuelo de leche, que corría entre riberas de miel y gelatina clara.

-Riachuelo, riachuelito -dijo la niña-, ¿por casualidad has visto a mi hermanito?

-Primero toma leche, miel y gelatina clara -dijo el riachuelo.

Pero la niña no quiso, y como el riachuelo tampoco quiso decirle nada, la niña se fue saltando de piedra en piedra, hasta llegar al otro lado.

Entonces llegó a una casita que estaba sobre patas de gallina, al lado había una rueca y la abuelita Yaga estaba hilando en ella, cantando;

*Rueda, rueda, rueca.,
Hilo cáñamo en cuerda.
¿Dónde estará la hermanita
buscando al hermanito?
¿Lo podrá encontrar?
¿Lo podrá encontrar?*

-Buenas tardes madrecita -dijo la niña-, ¿puedo descansar un poco aquí? De lejos vengo, atravesando pantanos y ciénagas, y ahora mis pies están mojados.

-Siéntate e hila -dijo la vieja, y se metió detrás de la casita.
La niña se sentó a la rueca e hiló cantando:

*Rueda, rueda, rueca...
Hilo cáñamo en cuerda
¿Dónde estará la hermanita
buscando al hermanito?
¿Lo podrá encontrar?
¿Lo podrá encontrar?*

Entonces vino un ratón y le pidió un grano de trigo. La niña se lo dio amablemente y el ratón empezó a hablar y le dijo:

-Muchas gracias. Te diré donde está tu hermanito. Lo tiene la vieja bruja y se lo quiere comer, y a ti también.

La niña empezó a llorar.

-No llores -dijo el ratón-, me has dado un grano de trigo, yo también te quiero ayudar. Entra en la casa de la vieja bruja Yaga y busca a tu hermanito, y luego corre veloz a casa con él. Mientras tanto, hilaré por ti.

-Muchísimas gracias, querido ratón -dijo la niña.

Entró en la casa y encontró a su hermanito. Lo cogió en sus brazos y se fue corriendo.

-Hijita ¿qué estás haciendo? -preguntó la vieja bruja.

-Estoy hilando.

Canta:

*Rueda, rueda, rueca...
Hilo cáñamo en cuerda
¿Dónde estará la hermanita
buscando al hermanito?
¿Lo podrá encontrar?
¿Lo podrá encontrar?*

Pero a la tercera vez, la bruja se dio cuenta de que era el ratón el que cantaba y mandó los cisnes salvajes a por los niños.

Justo en ese momento, los niños estaban llegando al riachuelo, cuando oyeron el aleteo de los cisnes.

-Música-

-Riachuelo de leche, escóndeme, los cisnes salvajes vienen por mí y me quieren llevar, y a mi hermanito también.

-Toma leche, miel y gelatina -contestó el riachuelo. La niña comió y bebió y el riachuelo los escondió bajo sus olas, y cuando los cisnes salvajes llegaron, no los encontraron.

-Gracias, querido riachuelo -exclamó la niña y rápida se marchó.

Mas cuando estaba llegando donde el manzano silvestre, de nuevo oyó el aleteo de los cisnes salvajes.

-Manzanito silvestre, por favor, escóndeme a mí y a mi hermanito, los cisnes salvajes están detrás de nosotros y me quieren llevar, y a mi hermanito también.

-Come de mis manzanas, -dijo el arbolito. La niña comió las manzanas ácidas y el árbol los escondió debajo de su follaje. Cuando los cisnes salvajes llegaron, no los encontraron.

-Gracias, querido arbolito, -dijo después la niña y siguió corriendo hacia su casa.

Cuando por fin estaba llegando al horno, oyó por tercera vez el aleteo de los cisnes.

-Horno, querido hornito, -exclamó la niña-, escóndeme, que los cisnes salvajes vienen por mí y me quieren llevar, y a mi hermanito también. -Toma de mi pan de cebada.

La niña comió el pan oscuro y se deslizó en el horno con su hermanito.

Los cisnes salvajes dieron vueltas por encima del horno, pero como las otras veces no vieron nada, volvieron donde la Baba Yaga y nunca más se los volvió a ver.

-Gracias, querido horno -dijo la niña, y rauda se fue a su casa.

Justo en ese momento volvieron los padres. ¡Cómo se alegraron de encontrar tan bien a sus hijitos!

Regalaron un pañuelito a la niña y juntos bailaron y cantaron.

¡Qué alegría, qué alegría! tra la la la

¡Qué alegría, qué alegría! tra la la la

El caballito blanco

En una casita vivía un campesino con su mujer y su único hijo que se llamaba Juan. Un día, el campesino dijo:

-Juan, ya ha llegado el momento de irte a conocer el mundo y buscar un maestro con el que aprendas hábilmente un oficio.

Eso le gustó mucho a Juan. Desde hace tiempo deseaba conocer el mundo. Rápidamente entró con su madre a la casa y preparó su mochilita. El padre le regaló una moneda de oro:

-¡Cuidala bien, si estás en apuros te ayudará!

Alegremente, Juan se marchó.

música o canción

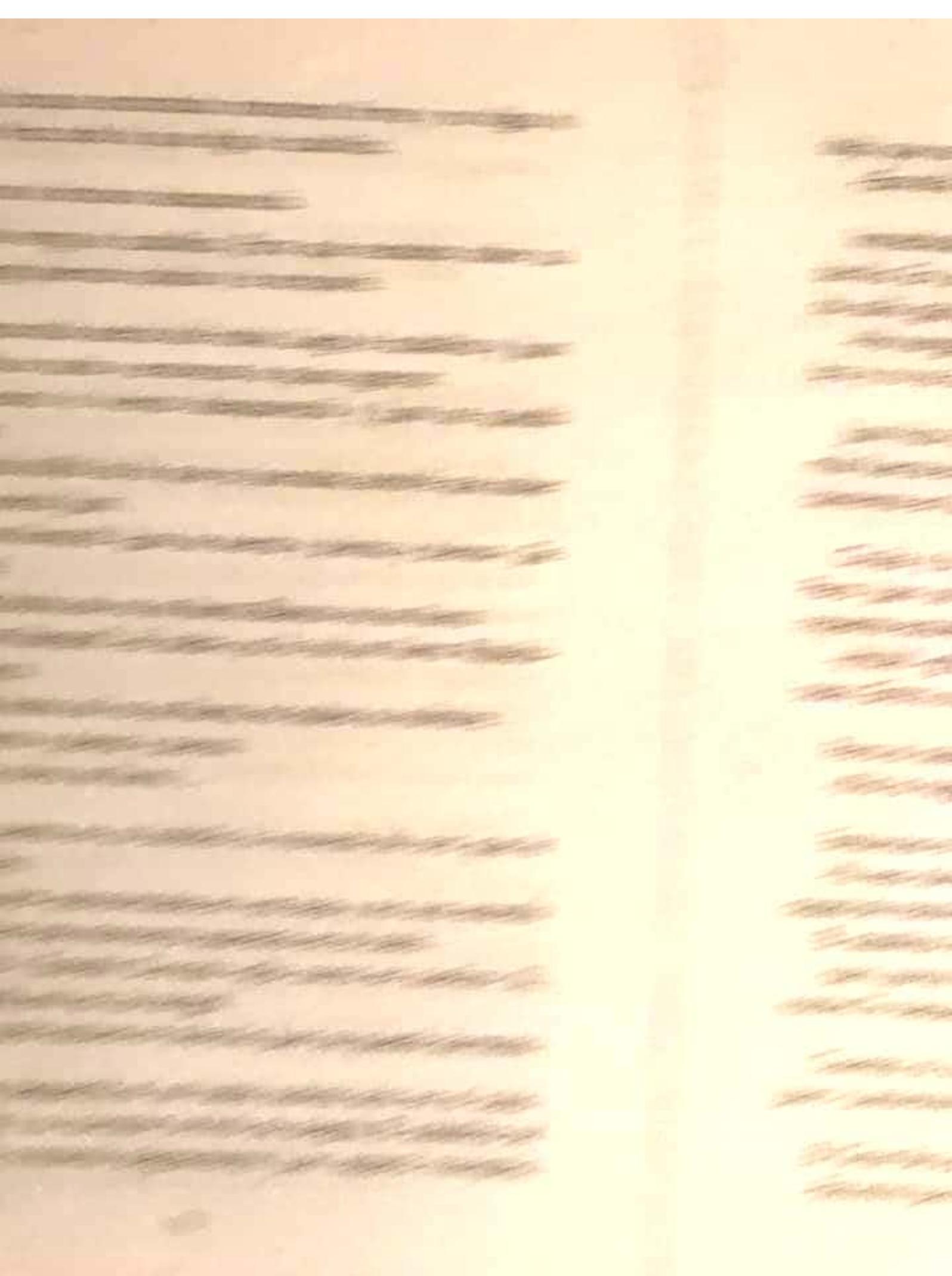
Cuando llegó el mediodía, se buscó un lugar a la sombra, se sentó y se tomó su pan. Entonces salió un anciano del bosque y le dijo:

-Veo que estas de buen ánimo, que eres joven y fuerte, seguro que eres el muchacho que puede liberar a la bella hija del rey, el gran brujo la tiene encerrada en su castillo.

-¡Oh si, lo quiero intentar! -exclamó Juan-. Si sólo supiera dónde está el castillo.

-El camino lo conoce sólo el caballito blanco y te puede guiar -dijo el anciano.

-Aquí, donde el roble viejo, él sale al bosque; si le puedes llamar por su nombre, se para y puedes montarlo. El caballito



dejó que se acercara y entonces exclamó:

-¡Estrella Dorada!

Inmediatamente el caballito se acercó dócil como un corderillo. En un instante Juan montó y hacia el bosque encantado salió galopando. Pronto llegó la noche, los árboles crujían:

-No tengas miedo, -le dijo el caballito-, no digas ni una palabra y no te des la vuelta, ocurra lo que ocurra.

Juan hizo como le dijo el caballito. El viento silbaba cada vez más fuerte entre los árboles, Juan escondió su cabeza profundamente en la crin del caballito.

Crujía y bramaba; un monstruo intentó atrapar sus pies. Pero Juan se calló. El caballito trotó tranquilamente y de repente estuvieron delante del castillo del Gran Brujo.

-¡Hola! -gritó el brujo-, has llegado para llevarte a la princesa: ¡Entra, come y bebe, también tengo buena carne para ti!

Pero el caballito le susurró:

-¡No lo hagas, no lo hagas, quédate conmigo en el bosque!

Entonces el Gran Brujo se dio la vuelta enojado:

-Ya veo cómo eres, mañana te pondré un acertijo. Si eres capaz de resolverlo, la princesa será tuya.

El caballito le dijo:

-Juan, ponte a dormir, la mañana es más inteligente que la noche. Te despertaré a tiempo.

Cuando el sol brillaba en el cielo, el caballito despertó a Juan: -¡Levántate!

El Gran Brujo llegó:

-Escucha Juan, este es el primer acertijo:

Muchos animales lo tienen en la espalda.
Todos los hombres lo llevan en la cabeza
y por la mañana la madre lo trenza
en la cabeza de su hija.

¡Adivinal!

Y dijo Juan:

-¡Niños, ayudadme, sin que el brujo lo oiga!

Cuando el brujo llegó, Juan dijo alegremente:

-Es el pelo.

El brujo dijo:

-Era demasiado fácil, te lo pondré más difícil. Este es el segundo acertijo:

*Por la noche subís en ella.
Por la mañana saltáis de ella
y la niña de oro
lo sacude por la ventana.*

-¡Niños, ayudadme!... Señor Gran Brujo, son las camas.

-Abra kadabra, aún es demasiado fácil. Atento, esta vez no lo podrás adivinar. Este es el tercer acertijo:

*Son animales con piel gris,
el uno grande, el otro pequeño.
Cuando el grande está delante del agujero,
el pequeño no se atreve entrar.*

Juan dijo:

-¡Niños ayudadme!... Señor Gran Brujo, estos son el gato y el ratón.

El caballito dice a Juan:

-Ahora importa, duerme bien. Yo vigilaré por ti.

Por la mañana dijo:

-¡Juan, despiértate!

Y él ya está listo.

El brujo lo estaba esperando:

-Juan listo, pon atención, te enseñaré a mis hijas. Dime, ¿cuál es la princesa? El brujo levantó una piedra y cinco ranas aparecieron.

-¿Cuál es la que más te gusta? Busca a tu princesa. Y el brujo desapareció en un plis plas.

El caballito se le acercó y le susurró al oído ...

-Señor Gran Brujo, cómo no, es la rana con los ojitos dorados -dijo Juan alegremente.

-Aún no será tuya, katarabraba, prado, kabra -contestó el brujo. Abrió una puerta y salieron volando palomas blancas como la nieve-. ¡Mira bien. Si encuentras a la verdadera, entonces será tuya!

-Racabuz lifiz libaci -susurró el caballito al oído de Juan...

Y Juan contestó:

-Señor Gran Brujo, la que vuela más alto será la princesa.

Y el brujo dijo:

-Katarabraba... aún no está todo perdido, ven a mi castillo.

Entonces llevó a Juan ante una imagen con tres doncellas, una tan bella como la otra.

-Dime, ¿cuál es la princesa? Elige bien, y será tuya -dijo el brujo.

Juan reflexionaba mucho tiempo pero no supo cual podría ser. Con tristeza miró a su caballito y éste le miró alegremente.

Juan preguntó:

-¿Es la de la derecha? ¿Es la de la izquierda? Querido caballito escucha mi petición. ¿Es la del centro?

El brujo se acercó rapidísimamente, Juan se dio la vuelta y se acercó al Gran Brujo. Este preguntó:

-Dime, ¿has encontrado a la princesa?

Entonces, Juan se apostó delante de la princesa del centro:

-La del centro es la verdadera.

Entonces se oyó un trueno, el castillo del Gran Brujo desapareció y con él el hechizo. Delante del portal estaba la princesa más bella. Juan la subió al caballito y juntos volvieron a casa de su madre y de su padre

canción o música

Todo el mundo exclamó:

*A bailar y a saltar
Para Juan una canción cantar
Juan muy bien ha actuado
y a la princesa ha conquistado.*

El becerrete pajoso de costado resinoso

Cuento popular ucraniano

Vivían pobremente unos abuelos,
sin terneros, gallinas ni polluelos.

El abuelo extraía de los árboles resina.
La abuelita hilaba y atendía la cocina.

Mas la abuelita empezó a incordiar al abuelete:
"Aunque sea de paja, hazme un becerrete".

"¡No seas pesada!" -refunfuñaba el viejo-,
"¿qué vas a hacer con un becerrejo?"

"¿Qué voy a hacer?
¡Lo llevaré a pacer!"

El abuelo, para quitársela de encima,
tejió un becerro de paja y le untó resina.

Por la mañana la abuela tomó lana para hilar
y se llevó el becerro al prado, a pastar.

La abuela está sentada en un altito, y
mientras hila, le dice al becerrito:

"¡Come, come, becerrete pajoso,
de costado resinoso!"

Hiló la abuela, hiló...
e hilando se durmió.

Mas del bosque umbrío, del alto pinar,
sale de pronto un oso a todo caminar.

Al ver al becerrete tan airoso,
-"¿Quién eres tú?" -le preguntó el oso.

"Yo soy el becerrete pajoso
de costado resinoso".

"Dame tu resina para cubrir mi costado
que los perros con sus dientes me han despellejado".

Pero el becerrete pajoso
permanece silencioso.

El oso enfadado al becerro da un zarpazo
y se le queda la garra pegada en su costado.

Se despierta la abuelita
y al ver al oso grita:

"¡Corre, ven corriendo esposo,
que nuestro becerrete ha cazado un oso!"

Toma el abuelo al oso y se lo lleva,
y lo tira, sin remilgos, en la cueva.

Continúa al día siguiente la abuela con su hilado,
mientras el becerro pasta alegre por el prado.

La abuela está sentada, hilando en el aítito
y mientras hila le dice al becerrito:

"Come, come, becerrete pajoso,
come becerrete de costado resinoso".

Sigue la abuela hila que te hila,
e hilando se ha quedado dormida.

Del bosque umbrío, del alto pinar,
sale entonces un lobo con su rápido andar.

- "¿Quién eres tú?" -pregunta
al ver que el becerrete no se asusta.

"¡Yo soy el becerrete pajoso
de costado resinoso!"

"Dame tu resina para cubrir mi costado
que los perros, fieramente, me han despellejado".

"¡Tómala tú mismo, bobo!"
le dice el becerrete al lobo.

"Puedes tomarla. Yo no la necesito para nada".
Y también la zorra se queda allí pegada.

Se despierta la abuelita
y, al ver a la zorra, grita:

"¡Corre esposo, corre, esto tampoco sobra,
nuestro becerrete ha cazado una zorra!"

Agarra el abuelo a la zorra y se la lleva,
y, como al oso y al lobo, la tira en la cueva.

¡Para cuántos nan caldo!
dice el abuelo divertido.

Se sienta a la entrada de la cueva,
y como si hablara consigo, agrega:

"Le quitaré la piel al oso
y me saldrá un abrigo hermoso"

El oso, que todo lo ha escuchado,
le suplica al abuelo, muy asustado:

"¡Abuelito, no me quites la piel,
déjame en libertad y te traeré miel!"

"Si me engañas, ¡ándate con cuidado!"
y deja pasar al oso por su lado.

Mientras tanto, el abuelillo
sigue afilando su cuchillo.

"¿Para qué afilas el cuchillo?" le
pregunta el lobo al abuelillo

"Te quitaré la piel a ti
y me haré un gorro para mí".

"¡Si en libertad me dejas
yo te traeré ovejas!"

"¡Bueno, pero ándate con cuidado,
no me engañes, porque si no, otra vez te atrapo!"

Deja marchar al lobo el abuelillo
pero sigue afilando su cuchillo.

"¡Abuelito! ¿por qué continuas afilando?"
pregunta la zorra al viejo, ya temblando.

"Tú tienes muy fina la piel,
de ella saldrá un cuello de abrigo para mi mujer".

"¡No, por favor, no me quites la piel.
Yo te traeré gallinas, patos y gansos a granel!"

"Acepto, ¡pero no me vayas a engañar!",
y también la deja marchar.

A la mañana, cuando la luz del día aún era incierta,
se sintieron unos golpes en la puerta.

"¡Parece que llaman a la casa!
¡Levántate marido, a ver qué pasa!"

Abrió el abuelo, y ante él
estaba el oso con un panal de miel.

No tuvo tiempo para guardar la oferta
cuando volvieron a tocar la puerta.

El lobo, frunciendo sus peludas cejas,
estaba ante la casa con las ovejas.

Y la zorra, muy ladina,
traía gansos, patos y gallinas.

Y la abuela y el abuelo, llenos de contento,
empezaron a vivir como en un cuento.

La madrina de las palabras

Cuento de Venezuela

Por los caminos del Universo, de estrella en estrella, viaja Uribí, la madrina de las palabras.

Lleva siempre con ella una cesta tejida con hilos de oro y plata. Allí guarda con mucho cuidado, las semillas de las palabras.

Uribí siempre está muy atareada. Viaja en una estrella fugaz por el espacio celeste, para entregar su semilla a los niños que se preparan para viajar a la tierra y nacer.

Cuando los niños llegan a la tierra y nacen, traen la semilla de las palabras. Los padres, hermanos, tíos, abuelos y amigos, les ayudan a cultivarlas con voces, leyendas, juegos, cantos y cuentos.

Por el mundo, las semillas de las palabras germinan con los rayos de sol, el viento, el agua, el calor de la tierra y el amor de la gente. Así es como surgen las diferentes lenguas que hablan los hombres. Todas las lenguas vienen de las semillas del canasto de Uribí.

A veces, la madrina de las palabras está tan ocupada entregando las semillas a tantos niños que van a nacer, que no llega a tiempo a algún lugar. Y alguno de ellos viene sin ella a la tierra.

Entonces, a ese niño le damos con amor y paciencia de los frutos del lenguaje que tenemos: señas, voces, dibujos, pantomimas, juegos, danzas, cantos y cuentos, para que pueda conversar y ser feliz. Así la madrina de las palabras no estará triste y acongojada por no haber llegado a tiempo a la casa de este niño.

Una noche, mientras Uribí dormía acurrucadita en una estrella descansando de un largo viaje celeste, un loro le robó una semilla y la repartió entre sus amigos: un perico, una cotorra y una guacamaya. Por eso, ellos también hablan, pero sólo un poquito, porque nada más les tocó un pedacito de semilla de cada uno.

Cuando Uribí termina su recorrido regresa a descansar y recoge nuevas semillas debajo del árbol de la vida que queda en el centro del mundo.

El gigante y el enanillo

Había una vez un gigante enorme y osado
que tenía congelados sus pies y sus manos
de su casa en el monte había bajado,
y en la ciudad recién llegado
fue recorriendo sus calles de lado a lado.

-¡Gente buena!, ¡gente buena!
¿Alguien puede oírme? ¿alguien puede oírme?
-Mis pies y mis manos helados están
y vuestros ropajes no me van.

No encontró tienda que pudiese vender
zapatos y guantes tan grandes como él.

Un pequeño enano
tan sabio como anciano,
le dio un buen consejo
al gigante congelado:

-¡Tomad enorme amigo
estas telas y cueros de buen abrigo!

Aquel gran hombretón
sus pies y sus manos envolvió
y con cordones y lazos sujetó!

En sus manazas y pies recuperó
el calor que había perdido
y a su monte regresó
dando las gracias
a su pequeño amigo.

1.- Se puede repetir 4 veces y envolver cada vez con una tela y cinta las manos y los pies, o simplemente con gestos.

La liebrequita y la zanahoria

Cuento chino

Los campos y las colinas estaban cubiertos de nieve alta y la liebrequita no tenía nada que comer. Encontró dos zanahorias amarillas. La liebrequita se comió una y dijo:

-Cae mucha nieve y el frío es duro, seguro que el burrito no tiene nada que comer, le voy a llevar la segunda zanahoria.

Inmediatamente, la liebrequita le dejó la zanahoria y se fue saltando.

El burrito se había ido también en busca de comida. Encontró unas patatas y volvió contento a casa. Cuando abrió la puerta se encontró la zanahoria.

-¿De dónde vendrá esta zanahoria?, -se asombró el burrito. Entonces comió sus patatas y dijo:

-Cae mucha nieve y el frío es duro, seguro que la ovejita no tiene nada que comer. La zanahoria será para ella.

El burrito empujó la zanahoria a casa de la ovejita, pero la ovejita no estaba en casa. Con mucho cuidado, el burrito dejó la zanahoria allí y se fue.

También la ovejita se había marchado a buscar comida. Encontró una col y se fue contenta a su casa. Cuando abrió la puerta vio la zanahoria:

-¿De dónde vendrá esta zanahoria? -se preguntó asombrada.
Entonces se comió la col y dijo:

-Cae mucha nieve y el frío es duro, seguro que el pequeño ciervo no tiene nada que comer. Le llevaré la zanahoria.

La ovejita cogió la zanahoria y la llevó a casa del pequeño ciervo. Pero la casa estaba vacía. La ovejita le dejó la zanahoria y se fue rápidamente.

También el pequeño ciervo se había marchado en busca de comida. Encontró hojas verdes y volvió contento a su casa. Cuando abrió la puerta vio la zanahoria:

-¿De dónde vendrá esta zanahoria? -se dijo con sorpresa.

Entonces se comió las hojas verdes y dijo:

-Cae mucha nieve y el frío es duro, seguro que la liebre-cita no tiene nada que comer. Le regalaré la bonita zanahoria amarilla.

Y rápidamente el pequeño ciervo se fue corriendo a casa de la liebre-cita, pero ésta se había hartado de comer y se había dormido. El pequeño ciervo no la quiso despertar y silenciosamente hizo rodar la zanahoria dentro de la casa.

Cuando la liebre-cita despertó, se frotó sus ojos asombrada:
-¡Otra vez está aquí la zanahoria!

Durante un instante reflexionó y luego dijo:

-¡Seguro que un buen amigo me trajo la zanahoria.

Y entonces se la comió. ¡Estaba deliciosa!

Los duendecillos

Hermanos Grimm

Teatrillo de mesa adaptado por Heidi Bieler

Un zapatero se había empobrecido de tal modo, y no por culpa suya, que al fin no le quedaba más cuero que para un solo par de zapatos. Los cortó una noche, con el propósito de coser y terminarlos al día siguiente.

*El zapatero cuero pico
corta zapatos, grandes y chicos
El zapatero cuero pico
corta zapatos, grandes y chicos*

Luego rezó sus oraciones y con la conciencia tranquila se acostó plácidamente.

Por la mañana, después de sus oraciones, fue a ponerse a trabajar. Y he aquí que encontró los zapatos terminados. Se asombró el hombre y no sabía ni qué decir ni qué pensar. Cogió los zapatos y los examinó bien por todos lados. Estaban confeccionados con tal pulcritud que ni una puntada podía reprocharse. Una verdadera obra maestra.

*Al poco tiempo el magistrado
se admiró ante el calzado
Jamás vio cosa tan bien cosida
y lo compró enseguida.*

Pagó más de lo acostumbrado, con lo que el zapatero pudo comprar cuero para dos pares de zapatos. Los cortó al anochecer, dispuesto a terminarlos al día siguiente:

*El zapatero cuero pico
corta zapatos, grandes y chicos
El zapatero cuero pico
corta zapatos, grandes y chicos*

Luego rezó sus oraciones y se acostó...Al día siguiente después de orar, se dispuso a trabajar. Pero no fue preciso hacerlo, pues allí estaban los dos pares de zapatos terminados.

*Ya entró un parroquiano
en busca de calzado llano.
Jamás vio cosa tan bien cosida
y lo compró enseguida.*

Pagó por ello al zapatero y se marchó.

*Un muchacho que corre mucho
busca zapatos a su gusto.
Botas para caminar,
botas para patinar.*

Pagó por ellas al zapatero y contento se marchó. Así el zapatero pudo comprar cuero para cuatro pares de zapatos. Al anochecer los cortó para terminarlos al día siguiente.

*El zapatero cuero pico
corta zapatos, grandes y chicos
El zapatero cuero pico
corta zapatos, grandes y chicos*

Después de rezar sus oraciones se acostó tranquilamente. Por la mañana se levantó y pronunció sus oraciones. De nuevo encontró los cuatro pares de zapatos terminados como los días anteriores.

*Llegan vecinas pizpiretas
buscando cómodas chancletas.
Jamás vieron cosa tan bien cosida
y las compraron enseguida.*

Pagaron al zapatero y contentas se fueron.

*Tú y yo, yo y tú
somos gemelas de Moscú.
Zapatillas para ti,
zapatillas para mí.*

Pagaron y se fueron muy alegres.

*Tú y yo, yo y tú
somos gemelas de Moscú.
Zapatillas para ti,
zapatillas para mí.*

En adelante, lo que dejaba el zapatero cortado al irse a dormir, lo encontraba cosido al levantarse, con lo que pronto el hombre tuvo una buena renta y finalmente pudo considerarse casi rico.

Una noche, poco antes de Navidad, el zapatero, que ya había cortado los pares de zapatos para el día siguiente, antes de ir a dormir le dijo a su mujer:

-¿Qué te parece si esta noche nos quedamos para averiguar quién nos ayuda de este modo?

A la mujer le pareció bien la idea, dejó una vela encendida y luego los dos se ocultaron en un rincón, detrás de unas ropas colgadas.

Al sonar las doce de la noche se presentaron dos minúsculos y graciosos hombrecillos desnudos que, sentándose en la mesa del zapatero y tomando todo el trabajo preparado, se pusieron, con sus diminutos dedos, a punzar, coser y clavar con tal ligereza y soltura que el zapatero no podía dar crédito a sus ojos.

*Tipi, tape, tipi tape
tipi tape, tipi ton.
Zapa, zapa, zapatero,
zapatero remendón.*

Luego desaparecieron de un salto.

Por la mañana dijo la mujer:

-Esos hombrecillos nos han hecho ricos, y deberíamos mostrarnos agradecidos. Deben morir de frío, yendo así desnudos por el mundo. ¿Sabes qué? Les coseré a cada uno una camisita, una chaquetita, un jubón y unos calzones, y además les haré un par de medias, y tú a cada uno le haces un par de zapatitos.

Al anoecer, ya terminadas todas las prendas, las pusieron sobre la mesa, en vez de las piezas de cuero cortadas, y se ocultaron para ver cómo los enanitos recibirían el obsequio.

A medianoche llegaron ellos saltando, y se dispusieron a emprender su labor habitual; pero en vez de cuero cortado

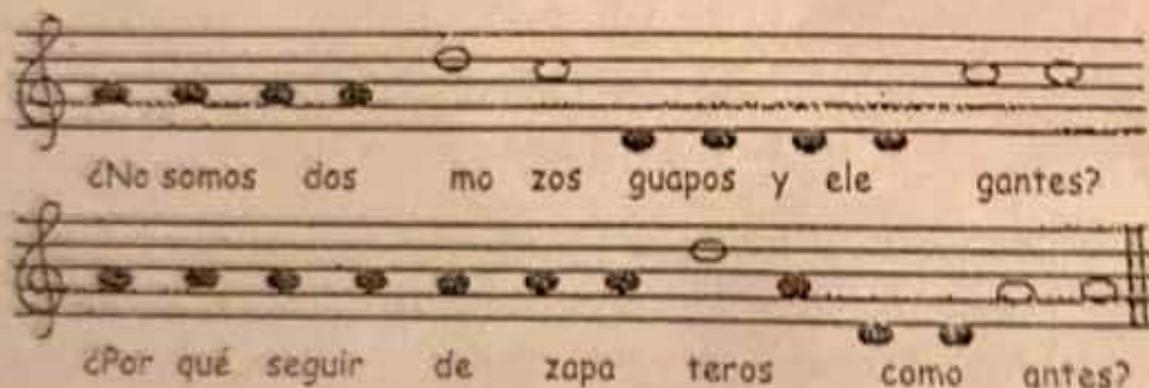
encontraron las primorosas prendas de vestir, primero se asombraron, pero en seguida se pusieron muy contentos. Se vistieron con presteza y, alisándose los vestidos, se pusieron a cantar:

*¿No somos dos mozos guapos y elegantes?
¿Por qué seguir de zapateros como antes?*

Y venga a saltar y bailar, brincando por encima de las mesas y los bancos, hasta que al fin, siempre danzando, pasaron la puerta (susurrando la misma melodía):

*¿No somos dos mozos guapos y elegantes?
¿Por qué seguir de zapateros como antes?*

Desde entonces ya nunca más volvieron, pero el zapatero lo pasó muy bien todo el resto de su vida, y le salió a pedir de boca cuanto emprendió.



Two staves of musical notation in treble clef. The first staff contains the melody for the first line of lyrics: "¿No somos dos mozos guapos y elegantes?". The second staff contains the melody for the second line of lyrics: "¿Por qué seguir de zapateros como antes?". The notes are simple circles, and the lyrics are written below the notes.

¿No somos dos mozos guapos y elegantes?

¿Por qué seguir de zapateros como antes?

Cuento para el tiempo de Micael

*Contado por Bronja Zahlingen a sus niños
en el Jardín de Infancia de Viena
Adaptado de un cuento polaco*

Había una vez un rey que gobernaba un país muy grande. Vivía con su hija en un alto castillo desde el cual se divisaba hasta muy lejos. Delante del castillo había una plaza grande, donde se celebraban las fiestas más hermosas, con música y bailes. A la hija del rey le encantaba mirar desde su balcón los coloridos festejos que se hacían cada año al final del verano, cuando la cosecha había concluido. Los campesinos llegaban desde todas partes con coronas de cereales, con manzanas, peras y otras frutas, con tomates y zanahorias y otras verduras. Todo eran regalos para alegrar al rey y a su hija.

Los campesinos llevaban vestidos festivos y alegres cintas colgaban de sus sombreros. Cantaban y bailaban los bailes de la cosecha. Cada año, cuando se acercaba el tiempo de la fiesta de la cosecha, la princesa subía al balcón, llena de esperanza, para saber si podría oír ya las primeras canciones, ver los primeros colores. ¡Qué alegría!

Pero un año no vino nadie. La princesa esperó y esperó inútilmente. Por fin vio que unos campesinos se acercaban. Pero ¿qué pasaba? No llevaban cintas de colores ni cantaban

alegres canciones. Caminaban lentamente, con las manos vacías, con las caras tristes. ¿Qué había ocurrido? El rey mandó a sus mensajeros y los campesinos les contaron lo siguiente:

-Este año no pudimos cosechar nada porque un dragón vino a nuestro pueblo. Es tan salvaje que se traga y aplasta todo lo que encuentra en su camino, y lo que no destruye de esa forma, lo quema con el fuego que sale de su boca. Así que este año no podemos celebrar la fiesta de la cosecha y si no tuviésemos reservas de otros años, pasaríamos hambre.

El rey, deseoso de ayudar, mandó inmediatamente a sus caballeros a luchar contra el dragón. Pero cuando llegaron a su cueva, sus espadas de hierro y sus lanzas se torcían y se ablandaban por el calor del fuego y no podían luchar contra él. Después, el rey mandó a sus mensajeros y le ofrecieron al dragón oro, tesoros y todo lo que quisiera, con tal de que dejara el país. El dragón no quería ni oro, ni tesoros, sólo quería una hermosa doncella. Si se la daban, se marcharía. Todos se asustaron y nadie quería ofrecer su hija al dragón. Entonces, la joven princesa se acercó a su padre:

-Déjame ir donde el dragón, yo no tengo miedo, quizás pueda salvar el país. Pero el rey le contestó:

-¡Ni hablar, querida hija, no puedo entregarte al dragón! Quien sobe lo que te hará.

Nadie quiso dejar marchar a la princesa, pero ella insistía:

-Déjame ir, Dios me protegerá, y si no voy, el dragón seguirá destruyéndolo todo y tendremos que morir de hambre.

El rey al fin respondió:

-Hija mía, anda con Dios.

La princesa se puso un vestido y un velo blancos y subió a la montaña donde estaba la cueva del dragón. No miraba ni a

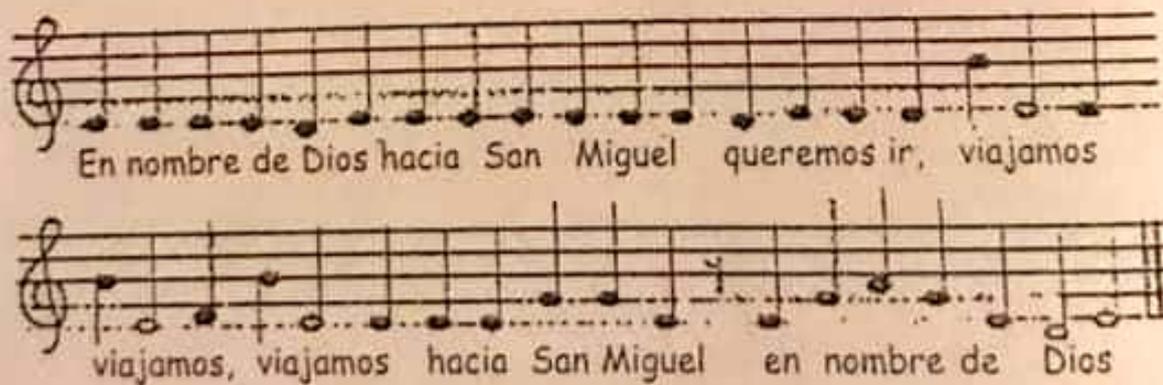
la derecha ni a la izquierda, sólo miraba de frente y al cielo, que estaba cubierto de nubarrones negros, mientras soplaban un fuerte viento. Los caballeros acompañaron a la princesa hasta el pie de la montaña. Allí se detuvieron, porque sabían que con sus armas no la podrían ayudar.

El dragón de fuego salió de la cueva, y en el instante que la princesa miró hacia arriba, las nubes se abrieron y pudo ver el centro del cielo. Allí había más claridad que en el sol, y desde esa luz radiante apareció el arcángel Micael con su brazo derecho estirado, y desde cada estrella le llegó a su mano un rayo de luz. Un meteorito le formó una espada de hierro celestial. El dragón no pudo aguantar y cuando Micael lo apuntó con su espada celeste, cayó a tierra y no se volvió a mover. Su poder se había terminado.

Las gentes se acercaron y llevaron a la princesa junto a su padre el rey. Después corrieron a sus casas a buscar frutas, verduras y los más hermosos cereales de sus despensas:

-Ahora podemos celebrar una nueva fiesta de la cosecha y será la fiesta de San Miguel. Ya no tendremos miedo al dragón.

Así hablaron y se fueron con sus regalos al castillo cantando:



En nombre de Dios hacia San Miguel queremos ir, viajamos
viajamos, viajamos hacia San Miguel en nombre de Dios

El molino de tortillas

Había una vez un anciano campesino con su mujer. Vivían con mucha estrechez porque eran pobres. Un día, ya no tenían ni una miga de pan para comer. Entonces se fueron al bosque para recoger bellotas. Las llevaron a casa y querían comérselas. Al comerlas, la anciana dejó caer una bellota. Esta cayó a través del suelo al sótano. Pronto, la bellota hecho raíces y empujó sus brotes hacia arriba. El brote creció hasta el techo del sótano. La anciana lo vio y dijo a su marido:

-Escucha, viejo, tienes que hacer un agujero a través del suelo para que el roble pueda crecer; si se hace grande, ya no tendremos que ir al bosque y podremos cosechar las bellotas aquí en casa.

El anciano hizo un agujero en el suelo; el roble crecía y crecía hasta el techo y desde el techo de la casa hasta el techo del sótano.

Cuando ya no tuvieron más bellotas, el viejo tomó un saco y trepó al roble. Trepó más alto y más alto y, de repente, se encontró en el cielo. Paseaba por allí de un lado al otro y vio un gallo con una cresta dorada que estaba sentado encima de un molinillo manual de oro.

El campesino no lo pensó mucho, cogió al gallo y al molinillo y bajó otra vez por el roble. Cuando llegó feliz abajo, preguntó a su mujer:

-¿Vieja, hay algo que comer?

-Espera, moleré en seguida las bellotas en el molinillo -dijo la campesina. Cogió el molino y se puso a moler. Entonces salieron tortillas y empanadas. Cada vez que ella daba una vuelta al molinillo caía una tortilla y luego una empanada. Ahora podían hartarse de comer. Un día, pasó un señor por allí y preguntó que si tenían algo de comer para él.

-Claro, puedes comer una tortilla.

La anciana cogió el molinillo y le dio la vuelta moliendo tortillas y empanadas. El invitado disfrutó plácidamente de la ofrenda. Después de comer dijo:

-Mujer, véndeme el molinillo.

-No, no lo puedo vender.

Entonces, el hombre robó el molinillo y se fue.

Cuando los dos ancianitos se dieron cuenta que les habían robado el molinillo, se pusieron muy tristes.

-No os aflijáis -dijo el gallo con la cresta dorada-. Volaré detrás del ladrón y lo atraparé.

El gallo llegó volando a la casa del hombre, se sentó encima del portal y cantó:

-¡Quiquiriquí, estoy aquí. Señor, devuélvenos nuestro molinillo de oro!

Cuando el señor lo oyó, se enfadó:

-¡Tirad al gallo al agua!

Los sirvientes encontraron al gallo y lo tiraron en la fuente. El gallo habló para sí mismo:

-¡Piquito, piquito, trágate el agua.

Bebió y bebió hasta que la fuente estaba vacía y voló de nuevo a la casa señorial. Allí se sentó en el balcón y cantó:

¡Quiquiriquí, de nuevo estoy aquí. Señor, devuélvenos el molinillo de oro!

El señor mandó atrapar al gallo y tirarlo al horno caliente. Los sirvientes encontraron al gallo y lo tiraron al horno en medio del fuego. El gallo habló para sí mismo:

-Piquito, Piquito escupe el agua.

Y escupió el agua al fuego y apagó el horno. Se sacudió y salió volando del horno:

-¡Quiquiriquí, de nuevo estoy aquí. Señor, devuélvenos el molinillo!

Los invitados lo oyeron y se fueron corriendo de la casa. El señor corrió detrás de ellos; el gallo con la cresta dorada cogió rápidamente el molinillo y volvió con él a casa de los ancianos.

Digitalito

Cuento irlandés

Había una vez, lejos de aquí, una pequeña casa en medio de las montañas. El techo llegaba casi hasta el suelo. En esta casa vivían totalmente solos un niño pequeño con su madre. El niño había nacido con una joroba. Pero la madre quería a su hijo como sólo una madre puede querer a su hijo.

Cuando el niño se hizo más grande, también creció su joroba, lo que le impedía mirar al cielo cuando paseaba. Tenía que mirar a la tierra, y por eso encontraba hierbas raras y flores. Tampoco podía trepar y saltar como otros niños en el pueblo. Muy a menudo, su madre se iba al bosque con él para buscar hierbas y bayas. Una vez se encontró en el bosque una flor bella con muchas campanitas. Se llamaba Digitalis. Le gustó tanto que se la puso en el sombrero y ya nunca se la quitó. Por eso, todo el mundo le llamaba Digitalito.

Cuando Digitalito cumplió los catorce años, su madre le mando al taller de un cestero para que aprendiera a hacer cestas. Como tenía las manos ágiles, pronto hizo cestos tan bonitos que todo el mundo quería comprarlos cuando los llevaba al mercado en la ciudad. Digitalito estaba todo el día en su trabajo, hasta muy tarde. Y a veces canturreaba en voz baja:

*"Trenzo grandes y pequeñas cestas
hasta que el sol por la tarde se acuesta."*

*El trabajo bien hecho ha de estar
para que la gente se pueda alegrar”.*

Cuando todas las cestas estaban terminadas, Digitalito las juntaba y se ponía en camino para ir a la ciudad. El camino era largo y cuando las cestas pesaban demasiado se buscaba un lugar para descansar.

Una vez, cuando volvió tarde del mercado, donde había vendido todas las cestas, sintió un gran cansancio. Se sentó debajo de un árbol en el musgo, cerca de una colina.

Ya había empezado la noche y a Digitalito se le cerraban constantemente los ojos. De repente, apareció la luna redonda y brillante; entonces oyó un canto maravilloso:

*“Barco plateado de silencio y calma.
Barco plateado de silencio y calma”*

Pero como la música sonaba siempre igual, Digitalito terminó cantando la canción a su manera:

*“Barco plateado de silencio y calma
¿dónde están tus remos, cual es tu alma?”*

Apenas había terminado la canción, Digitalito oyó el murmullo y el susurrar del viento, y vio cómo, en la luz plateada de la luna, aparecían detrás de la colina los elfos flotando suavemente. Se le acercaron y exclamaron:

*“Digitalito, Digitalito
has conseguido un gran hito.
Nuestra canción ahora está terminada
y es bonita para elfos y hadas.*

*Ven con nosotros al país encantado
y verás cómo estarás asombrado".*

Le cogieron de la mano y bailando bajaron por la colina de los elfos. Digitalito se sentía mareado y cuando abrió sus ojos vio un esplendor como jamás había visto. Todo brillaba y refulgía y de todos lados sonaba una música muy, muy suave. Los elfos llevaron a Digitalito ante su reina y le contaron cómo Digitalito había terminado la canción de forma muy bonita. Luego, los elfos celebraron consejo:

-¿Qué podríamos regalarle?

Formaron corro alrededor de él y exclamaron:

*"Digitalito, recobra el ánimo,
tu joroba se caerá al suelo.
Que seas feliz y alegre
ahora y para siempre".*

Casi no habían terminado de hablar cuando Digitalito se sintió tan ligero y alegre que tuvo ganas de saltar hasta la luna. Y con la alegría más grande del mundo, vio cómo la joroba de la espalda se le caía al suelo.

Intentó levantar la cabeza y le fue muy fácil. Pudo entonces mirar libremente a su alrededor y vio todo el brillo y toda la maravilla del reino de los elfos. Luego cayó en un sueño profundo y aun durmiendo pudo oír el canto de los elfos.

*"Volamos y nos inclinamos,
en la ronda bailamos.
Tejemos y obramos
en la luz de la luna".*

Cuando Digitalito se despertó, era día claro. Brillaba el sol, cantaban los pájaros y él estaba tumbado al pie de la colina de los elfos. Vacas y ovejas pastaban pacíficamente a su alrededor.

Después de que Digitalito hubiera rezado su oración de la mañana, lo primero que hizo fue tocar con su mano la joroba, ¡pero no había ni rastro de ella! Desde la cabeza hasta los pies, estaba vestido con ropas nuevas que le habían regalado los elfos. Entonces se puso en camino y andando gallardamente con cada paso saltaba como si en toda la vida no hubiera hecho otra cosa.

Nadie reconoció a Digitalito sin la joroba. Sólo su madre lo vio venir desde lejos y le acogió en sus brazos llena de alegría.

La niña y el cerdito

Cuento inglés

Había una vez una niña que vivía con su madre en una casita en el campo. No tenía muchas cosas, pero sí un cerdito al que querían mucho.

Cada mañana la niñita y el cerdo salían a dar un paseo. Lo primero que hacían era bajar hasta el río para que el cerdito pudiese beber de sus aguas frescas y cristalinas.

Después se adentraban en el bosque donde el cerdito escarbaba en las raíces de los árboles para encontrar comida. Cada día pasaban cerca de una gran colina verde, pero nunca se paraban para escalarla.

Una mañana el cerdo se despertó temprano y salió a dar el paseo él solito. Lo primero que hizo fue bajar hasta el río y beber de sus aguas frescas y cristalinas. Después se adentró en el bosque y escarbó en las raíces de los árboles para encontrar comida. El cerdito se fue adentrando más y más en el bosque hasta que llegó al borde de un precipicio, un lugar en el que nunca antes había estado, y se perdió.

Cuando la niña se despertó llamó al cerdito, pero no estaba. Preguntó a su madre si podía salir a buscarle y ella le dijo:
-Muy bien, ve si ese es tu deseo.
Entonces salió.

Primero bajó hasta el río donde al cerdito le gustaba pararse a beber de sus aguas frescas y cristalinas, y le llamó. Pero no estaba. Después se adentró en el bosque, donde le gustaba escarbar en las raíces de los árboles para encontrar comida. Le llamó y le llamó, pero no estaba allí tampoco.

Muy triste, la niña comenzó a caminar de regreso a casa. En el camino de vuelta se encontró con la grande y verde colina y pensó: "Quizá si la escalo hasta la cumbre podré encontrar a mi cerdito".

Comenzaba a ascender la colina cuando vio a un muchacho que estaba cantando sentado en una verja.

-Buenos días, -dijo la niña-. ¿Has visto pasar un cerdito por aquí?

-No, no he visto a ningún cerdo; pero ahora que me has encontrado a mí te diré que si sigues un poco más allá, encontrarás al leñador. Quizá él sí le haya visto.

-Muchas gracias -contestó la niña y continuó subiendo la colina.

Entonces encontró a un hombre que estaba cortando leña.

-Buenos días, -dijo la niña-. ¿Has visto pasar un cerdito por aquí?

-No, no he visto ningún cerdo; pero ahora que has encontrado al muchacho que canta sentado sobre la verja y a mí, sigue un poco más allá y encontrarás a un Rey en su castillo. Quizá él haya visto a tu cerdo.

-Muchas gracias -contestó y continuó subiendo la colina.

Al rato se encontró con el Rey en su castillo.

-Buenos días, -dijo la niña-, ¿has visto pasar un cerdito por aquí?

-No, no he visto ningún cerdo; pero ahora que has encontrado al muchacho que canta sentado sobre la verja, al hombre cortando leña y a mí, sube hasta la cima de la gran colina verde y mira atenta hacia abajo, quizá así puedas encontrar a tu cerdito.

-Muchas gracias -contestó la niña.

Subió entonces hasta la cima de la gran colina verde, miró atenta hacia abajo y allá lejos pudo ver al Rey en su castillo, al hombre cortando leña y al muchacho cantando sentado sobre la verja, pero no vio a su cerdito. Siguió mirando más lejos aún y pudo divisar la casa donde vivía con su madre, el río donde a su cerdito le gustaba beber sus aguas frescas y cristalinas, el bosque donde le gustaba adentrarse para escarbar en las raíces de los árboles y encontrar comida, pero por ninguna parte pudo ver a su cerdito.

Pero, ¡un momento! Allá, mucho más lejos, en un lugar donde ella nunca antes había estado, justo al borde de un precipicio, la niña pudo reconocer a su pequeño cerdo, rápidamente corrió ladera abajo y pasó por delante del Rey en su castillo, del hombre que cortaba leña, del muchacho que cantaba sentado sobre la verja, hasta llegar al camino que atravesaba el bosque. Se adentró en él y profundo, muy profundo, justo al borde del precipicio en un lugar donde ella nunca había estado antes, estaba el cerdito.

Muy contenta le llevó de vuelta a casa. Volvieron a cruzar el bosque donde al pequeño cerdo le gustaba escarbar en las raíces de los árboles para encontrar comida, volvieron a pasar la gran colina verde cerca de la cual el muchacho cantaba sentado sobre la verja, y el hombre cortaba leña y el Rey estaba en su castillo. Pasaron también junto al río donde

Tobías el campesino

Había una vez un hombre llamado Tobías. Vivía en una cabaña cerca del río alrededor de la cual había hermosas flores de todos los colores.

Cuidaba también un huerto en donde crecían grandes y ricas zanahorias, patatas, tomates y otras hortalizas.

Tobías tenía una barca que, cuando no la usaba solía dejarla cerca de la orilla. Un buen día, cuando el sol brillaba en lo más alto del cielo, decidió salir a navegar por el río.

Allí, bien cerca, estaba Trotón, el caballo, que le dijo:

*-Campesino Tobías, buen amigo,
¿Puedo subirme a la barca contigo?*

Tobías siempre había sido amable con los animales. Trotón, a menudo le llevaba a pasear sobre su lomo por bosques y prados.

*-¡Claro caballito! -respondió el campesino-,
pero sube con cuidado,
no sea que al agua caigamos
y quedemos todos empapados.*

Trotón se subió con cuidadito y junto a Tobías río abajo, navegaron. Un poco más allá encontraron a Boladenieve, la oveja y ella dijo:

*-Campesino Tobias, buen amigo,
¿puedo subirme a la barca contigo?*

Cada Primavera, Tobias tomaba de ella suave y blanca lana para tejer jerséis y medias cuando el invierno se hacia notar. Y aunque la barca iba ya cargada, no podia dejar a Boladenieve, la ovejita.

*-¡Claro Boladenieve!, -respondió el campesino-,
pero sube con cuidado,
no sea que al agua caigamos
y quedemos todos empapados.*

Ahora, por el espumoso rio navegaban Tobias, Trotón y Boladenieve, cuando oyeron a Kiriko, el gallo, en la otra orilla:

*-Campesino Tobias, buen amigo,
¿puedo subirme a la barca contigo?*

Cada mañana, al amanecer, iba Kiriko a la cabaña y cantando avisaba al campesino dándole los buenos días. Y aunque la barca iba ya cargada Tobias le dijo:

*¡Claro Kiriko!, -respondió el campesino
pero sube con cuidado,
no sea que al agua caigamos
y quedemos todos empapados.*

Asi subió el gallo Kiriko junto a Trotón el caballo, Boladenieve la ovejita y Tobias el campesino. Todos siguieron navegando lejos, rio abajo. Allá vieron a Dana la vaca que dijo:

*-Campesino Tobias, buen amigo,
¿puedo subir a la barca contigo?*

Cada mañana la vaca Dana daba rica y templada leche a Tobías. Y aunque la barca iba ya cargada Tobías a Dana le contestó:

*-¡Claro Dana!
pero sube con cuidado,
no sea que al agua caigamos
y quedemos todos empapados.*

Entonces Dana subió a la barca junto a Trotón el caballo, Boladenieve la ovejita, Kiriko el gallo y Tobías el campesino. Pero justo en el momento en que la vaca subió, una mosca negra se le puso en el trasero. Dana movió su largo rabo para espantarla pero la barca se tambaleó, la barca zozobró y al final se volcó.

-¡Dana, Dana, aquí está la superficie camina hacia la orilla con cuidado!, decía el gallo Kiriko alzando el vuelo.

-¡Boladenieve, Boladenieve, súbete a mi espalda, te llevaré nadando al otro lado!, decía Trotón el caballo a la ovejita.

-¡Tobías, Tobías, empuja el bote con tus manos hasta la orilla, dale la vuelta para que se seque y regresa con el sol de mediodía!, decían todos.

Y así fue, como los animales pasaron el día junto a la orilla comiendo frescos pastos verdes, mientras se secaban al sol. Al atardecer regresaron todos a la granja.

*Despacito, despacito en este soleado día,
navegando, navegando por las aguas mansas,
navegando, navegando por las aguas frías
cada uno caminando llegará a casa.*

Allí llegó primero el señor Tobías. Cuando la noche cubrió los campos con su oscuro manto, todos quedaron dormidos entonces el campesino regresó a su cabaña y se dispuso a dormir en su cómodo cama.

*Lulo, lulo, lulo, luuuu adiós, adiós,
las estrellas y la luna brillan.
Lulo, lulo, lulo luuuu a dormir todos.
Adiós, adiós.*

El pequeño abeto

Cuento francés

Érase una vez un pequeño abeto. Solo en el bosque, en medio de los demás árboles cubiertos de hojas, él sólo tenía agujas, nada más que agujas. ¡Cómo se quejaba!

-Todos mis amigos tienen hermosas hojas, hermosas hojas verdes. ¡Yo sólo tengo espinas! Quisiera tener, para darles un poquito de envidia, hojas todas de oro.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, quedó deslumbrado...

-¿Dónde están mis espinas? ¡Ya no las tengo! ¡Me han dado las hojas de oro que había pedido! ¡Qué contento estoy!

Y todos sus vecinos que le estaban mirando, dijeron:

-¡El pequeño abeto es todo de oro!

Pero he aquí que un hombre, un malvado ladrón, llegó al bosque y les oyó. Pensó:

-Un abeto de oro ¡Qué gran negocio!

Pero como tenía miedo de ser visto, volvió por la noche con un gran saco. Recogió todas las hojas sin dejar una.

A la mañana siguiente, al verse completamente desnudo, el pobre abeto se puso a llorar.

-Ya no quiero más oro -se dijo en voz baja-. Cuando vienen los ladrones, te lo roban todo y ya no te queda nada. ¡Quisiera tener todas las hojas de cristal! ¡El cristal también brilla!

A la mañana siguiente, cuando despertó, tenía las hojas que había deseado. Se puso muy contento y dijo:

-En lugar de hojas de oro, tengo hojas de cristal; ahora estoy tranquilo porque no me las robará nadie.

Y todos sus vecinos que le miraban dijeron a la vez:
-¡El pequeño abeto es todo de cristal!

Pero cuando vino la noche, la tempestad sopló fuerte. El pequeño abeto suplicó en vano, el viento le sacudió y no quedó ni una sola de sus hojas.

A la mañana siguiente, al ver el destrozo, el pobre abeto se puso a llorar.

-¡Qué desgraciado soy! Otra vez estoy desnudo. Han robado mis hojas de oro y han roto mis hojas de cristal. Quisiera tener, como mis amigos, hermosas hojas verdes.

Al día siguiente, cuando se despertó, vio que había obtenido lo que deseaba. Y todos sus vecinos, que le miraban se pusieron a decir:

-¡El pequeño abeto ya es como nosotros!

Pero, durante el día la cabra salió a pasear con sus cabritillos. Cuando vio al pequeño abeto dijo:

-¡Venid, niñitos míos, venid hijos míos! Saboread esta comida y no dejéis nada.

Los cabritillos se acercaron saltando y lo devoraron todo en menos de un instante.

Cuando llegó la noche, el pequeño abeto, completamente desnudo y tiritando, se puso a llorar como un niño.

-Se lo han comido todo -dijo en voz baja-. Ya no me queda nada. He perdido mis hojas, mis hermosas hojas verdes, como mis hojas de oro y mis hojas de cristal. ¡Me contentaría con que me devolvieran mis agujas!

A la mañana siguiente, cuando se despertó, se encontró sus antiguas agujas y no supo qué decir.

¡Qué feliz es! ¡Cómo se contempla! Se ha curado por completo de su orgullo. Y sus vecinos que le oyen reír, dicen mirándole:

-¡El pequeño abeto está como antes!

El Señor del Bosque y su mujer

Cuento vasco

Erase una vez un hombre y una mujer que tenían tres hijas. El hombre era comerciante e iba de mercado. Una de esas veces en que se disponía a salir para el trabajo, le preguntó a su hija mayor:

- ¿Qué quieres que te traiga del mercado?
- Tráeme un par de medias de seda -dijo la muchacha.

El hombre le preguntó a su segunda hija:

- ¿Qué quieres que te traiga del mercado?
- Tráeme un pañuelo de seda.

Y el padre le preguntó también a la más joven de las hijas:

- ¿Qué quieres que te traiga del mercado?
- Querido padre -dijo la pequeña-, no necesitas traerme nada, pero cuando cabalgues por el bosque y veas al Señor del Bosque, salúdale de mi parte.

El hombre se extrañó de semejante petición, pero no siguió preocupándose demasiado al respecto, y partió a caballo.

Estando en medio del bosque, vio sentado encima de un árbol a un hombre que vestía un chaleco rojo.

-¡Eh! -le llamó-, ¿sois vos el Señor del Bosque?

-Así es -respondió-, ¿qué quieres?

-Debo daros recuerdos de mi hija menor.

-Bien -dijo el hombre que estaba sentado encima del árbol-, toma esta cadena de oro y pregúntale a tu hija si quiere casarse conmigo el año que viene por San Juan.

-Así lo haré -dijo el comerciante.

Después de vender en el mercado todo lo que llevaba, el hombre cabalgó de vuelta al hogar trayendo consigo un par de medias de seda para su hija mayor y un pañuelo de seda para la segunda. Y cuando vio a la tercera hija esta le preguntó:

-¿Cumpliste el recado que te pedí?

-Sí, y el Señor del Bosque te envía esta cadena de oro y pregunta si te quieres casar con él al año que viene el día de San Juan.

-Bien -dijo la muchacha-, si tú y madre no tenéis nada en contra, quiero casarme con él.

Así pues, un año más tarde, el comerciante llevó a su hija menor al bosque y permaneció allí hasta que se celebró la boda.

La joven esposa vivía en un gran palacio en medio del bosque y llevaba una agradable vida. Pero un buen día llegó su marido y le dijo:

-Querida esposa, tu padre ha enfermado y tienes que volver a casa para cuidarle. Toma estas hierbas, haz cada día una infusión con ellas y pronto se recuperará.

-Querido esposo -dijo la joven-, ¿cómo podré llegar a la ciudad, y cómo regresaré?

-Eso ya se hará -respondió el Señor del Bosque.

Y a continuación llamó a todos los animales del bosque

que tenían que servirle. Al instante llegaron osos, lobos, ciervos, renos, liebres, zorros y toda clase de pájaros.

El Señor del Bosque llamó al oso y le preguntó:

-¿Podrías llevar a mi mujer a su casa y traerla de vuelta?

-Pues claro que podría.

-¿Y qué comerías y beberías en el camino?

-Comería hierba y bebería del arroyo.

-No, puede ser que bebieras del arroyo, pero te comerías a mi mujer.

Y el Señor del Bosque llamó al lobo y le preguntó:

-¿Podrías llevar a mi mujer a su casa y más tarde traerla de vuelta?

-Pues claro que podría.

-¿Y qué comerías y beberías en el camino?

-Comería hierba o el follaje de los árboles y bebería del arroyo.

-No, tú te comerías a mi joven esposa y te beberías su sangre. ¡Retrocede!

Y el Señor del Bosque llamó al ciervo y le preguntó:

-¿Podrías llevar a mi mujer a su casa, protegerla para que no le ocurra nada y más tarde, cuando haya cumplido con lo que tiene que hacer, traerla de vuelta?

-Sí, yo puedo y quiero.

-¿Y qué comerías y beberías en el camino?

-Lo que siempre como y bebo: hierba de los prados y agua clara del arroyo.

-Sí, te creo. Entonces lleva a mi joven esposa con sus padres. Más tarde te diré cuándo debes regresar con ella.

Entonces el ciervo le dijo a la joven:

-Sube a mi lomo y sujétate fuerte a mi cornamenta.

Y apenas subió la mujer, salió el ciervo disparado como el viento. Pero como el camino por el bosque era largo, después de haber corrido durante dos horas se detuvo el ciervo y dijo:

-Tengo hambre y sed, he de comer y beber. Si no es así, no podré seguir adelante. Súbete a mi cornamenta y trepa desde allí hasta el ramaje del árbol bajo el cual estoy parado.

La joven hizo tal y como le había ordenado, y entonces dijo el ciervo:

-No te dejes engañar por ningún animal y no bajes del árbol hasta que yo vuelva. Podría suponer tu muerte.

Y, una vez que la joven se lo hubo prometido, el ciervo se encaminó hacia un prado a comer hierba.

Apenas se había marchado el ciervo, llegó el oso, que había caminado a poca distancia detrás de ellos, y le dijo a la joven que estaba subida al árbol:

-Baja pequeña, vamos a bailar juntos, como hacemos en casa del jardín del señor del Bosque.

(Hay que saber que en ese jardín todos los animales tenían que ser pacíficos. Era una ley que todos los animales cumplían).

Pero la mujer se acordó de la advertencia del ciervo y dijo:

-No tengo ganas de bailar, ¡baila tú solo!

El oso vio que no había nada que hacer y regresó a su casa.

Al cabo de un rato volvió el ciervo y dijo:

-Y bien, baja del árbol hasta mi cornamenta y siéntate sobre mi lomo. Así lo hizo la joven y el ciervo siguió corriendo.

Y estaban casi saliendo del bosque cuando nuevamente el ciervo detuvo su carrera y dijo:

-Trepa a mi cornamenta y desde ahí sube a esa roca, pues me siento débil a causa del hambre y la sed.

Así lo hizo la joven y subió a la roca, y el ciervo volvió a decir:

-No te dejes convencer por ningún animal para que bajes de la roca hasta que yo vuelva. Podría suponer tu muerte.

La mujer se lo prometió y el ciervo se fue en busca de hierba. Apenas se había alejado el ciervo cuando se acercó el lobo que también había seguido al ciervo, pero a una distancia mayor que el oso. Y el lobo se puso a los pies de la roca y le dijo:

Baja, pequeña, y recogeremos flores como lo hacemos en el jardín de casa, pues te quiero trenzar una bonita corona.

Pero la muchacha recordó la advertencia y dijo:

-No, no tengo ganas de recoger flores. Ve tú solo.

El lobo, sin alejarse demasiado empezó a cantar:

*Miles de hermosas
flores hay en el prado silvestre
todas yo quiero recoger
para mi dulce doncella.*

La muchacha oyó cantar al lobo, y se alegró mucho por tan afectuoso canto. Y cuando el lobo hubo recogido un ramillete de flores, volvió con él a la roca, se sentó allí y trenzó una bonita corona. Cuando esta estuvo lista, comenzó de nuevo a cantar:

*Mira que hermosas flores
reunidas en una corona bella,
acércate aquí
tu frente con ellas adorna.*

La joven se sintió totalmente conmovida ante tantos halagos y estuvo a punto de bajarse de la roca, pero entonces regresó el ciervo y el lobo no tuvo más remedio que poner-

se la corona en su propia cabeza y hacer como si no hubiera tenido malas intenciones. Al marcharse de allí siguió cantando, aunque ya no era una bonita canción:

*Miles de hermosas flores
debe el diablo buscar
y al ciervo arrojar
candente carbón infernal.*

Pero no había nada que hacer; el ciervo dejó que la muchacha subiera otra vez a su lomo y la llevó hasta la casa de sus padres. Estos se alegraron muchísimo cuando volvieron a ver a su hija, y ella preparó enseguida una infusión para su padre con las hierbas que le había dado el Señor del Bosque. Y al cabo de siete días el padre sanó.

Entonces la muchacha tendría que haber llamado al ciervo para regresar sobre él a casa de su marido. Pero las hermanas no la dejaron y la encerraron, porque querían retenerla con ellas.

Una mañana, mientras la muchacha se estaba peinando, llegó volando hasta la ventana un pájaro y le dijo:

-Buenos días, bella muchacha.

-Buenos días pajarillo.

-Tu marido te espera, pues sabe que tu padre ya está sano.

-Saluda de mi parte a mi marido y dile que no puedo salir de aquí. Mis hermanas me tienen siempre encerrada en la alcoba.

-Bien, se lo diré.

Y el pajarillo voló hacia el bosque y contó todo lo que le había dicho la joven. Y entonces el Señor del Bosque mandó al ciervo a recoger a su esposa y le mandó llevar con él al

ratón y a la liebre. Y mientras el ciervo corría con el ratón en el lomo, la liebre saltaba a su lado.

Llegaron a la casa a media noche cuando todos dormían. Saltó el ratón del lomo del ciervo y entró a hurtadillas por debajo del umbral de la puerta hasta la alcoba donde dormían las hermanas de la esposa del Señor del Bosque, y con mucho cuidado sacó la llave de debajo de la almohada de la hermana mayor. La cogió entre sus patas y corrió con ella fuera de la casa.

En ese momento entró la liebre en acción. Estirada sobre las patas de atrás metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y entró en la alcoba de la más joven.

-Despierta, hemos venido a buscarte.

La joven se despertó y rápidamente saltó sobre el lomo del ciervo y ¡otra vez ya estaban en el bosque!

Nunca más el Señor del Bosque dejó a su mujer ir a casa de sus padres, pero permitió que su familia le visitara cada año, el día de San Juan.

Y así lo han hecho desde entonces...

La historia del nombre del árbol

Cuento africano

Hace mucho, mucho tiempo, se produjo una gran hambruna en aquella tierra ... y todo el mundo estaba hambriento. Sin embargo, en aquella tierra creció un enorme árbol con deliciosos frutos.

Pero era sabido que esos frutos sólo caerían cuando alguien dijera el nombre del árbol. El hambre se acentuó. El pueblo se reunió en torno al árbol y se instaló allí para vivir, en espera de que el fruto madurase y cayese. Cuando el fruto estaba ya casi maduro, se descubrió con espanto ¡que nadie sabía el nombre del árbol!

-Enviemos a la rápida liebre a través de las montañas, para que pregunte al Jefe, él sabe el nombre, y así ella podrá traérnoslo velozmente. ¡Ve deprisa y trae el nombre, por campo y montaña corre, corre!

Así lo pidió el pueblo.

-¡Saludos, oh Gran Jefe!, ¿puede decirme el nombre del gran árbol que crece en nuestro pueblo?

-El nombre de ese árbol es U-wun-ge-lay-ma.

-Cuando vuelvas al pueblo, ponte ante el árbol, dí el nombre y la fruta caerá -dijo el Jefe.

-¡Gracias, Gran Jefe! -exclamó la liebre.

Pero la liebre iba tan rápidamente por el camino de vuelta, que no vio por donde iba, tropezó con una raíz y cayó rodando por una colina. Por fin llegó al pueblo, se plantó frente al árbol y gritó:

-¡U-wun-ga-tu-ma!

-¡U-wun-ga-tu-ma! -repitió el pueblo. Pero del árbol no cayó ni un fruto.

-¡Fuera, fuera, fuera del pueblo, has olvidado el nombre correcto! -gritó el pueblo enfurecido. Y la liebre, avergonzada se tuvo que marchar.

-¡Enviemos a la cabra, ella es fuerte y determinada y no se parará a comer hojas!

-¡Ve deprisa y trae el nombre por campo y montaña corre, corre! -el pueblo suplicó.

-¡Saludos, oh Gran Jefe! ¿Puede decirme el nombre del gran árbol que crece en nuestro pueblo? -preguntó la cabra.

-El nombre de ese árbol es U-wun-ge-lay-ma -dijo el Jefe.

-¡Gracias, Gran Jefe! -la cabra contestó.

La cabra volvió rápidamente, pero en la carrera clavó sus cuernos en un árbol. Trató largo tiempo de desenclavarse, pero cuando lo logró no podía recordar el nombre. Llegó al pueblo, se plantó ante el árbol y gritó:

-¡U-wun-tu-gay-la! Pero del árbol no cayó ni un fruto. -
¡Fuera, fuera, fuera del pueblo has olvidado el nombre correcto! -gritó el pueblo enfurecido. Y la cabra, avergonzada se tuvo que marchar.

-Debemos enviar ahora al león, pues es tan rápido como fuerte, y no tiene cuernos con los que se enganche en los árboles.

-¡Ve de prisa y trae el nombre, por campo y montaña corre, corre! -el pueblo suplicó.

-¡Saludos, oh Gran Jefe! ¿Puede decirme el nombre del gran árbol que crece en nuestro pueblo?

-El nombre de ese árbol es U-wun-ge-lay-ma -dijo el jefe.

-¡Gracias, oh Gran Jefe! -dijo el león.

Mientras el león volvió al pueblo, sintió sueño y se echó junto al camino para dormir un rato. Cuando se despertó el nombre se le había ido de la cabeza. Llegó al pueblo, se plantó ante el árbol y exclamó:

-¡U-way-ma-luna!

-¡U-way-ma-luna! -repitió el pueblo. Pero del árbol no cayó ni un fruto. -¡Fuera, fuera, fuera del pueblo has olvidado el nombre correcto!

-Amigos, enviemos entonces a la tortuga -propuso el pueblo.

-Dejémosle ir, todos hemos fallado, que falle ella también -dijo el león. Antes de salir, la tortuga fue a ver a su madre.

-Madre, ¿cómo recuerda uno un nombre muy difícil?

-Hijo mío, si deseas recordar algo, no dejes de decirlo por ninguna razón -le aconsejó la madre.

La tortuga partió de viaje y el pueblo cantó:

-¿Cómo podremos el nombre saber?

Fue primero la liebre y tropezó al correr.

La cabra clavó sus cuernos y al poco los pierde. El león rugió y se quedó dormido.

Y la tortuga va despacio, despacio por el camino.

-Despacio y seguro por el camino voy. Pero volveré con el nombre en el día de hoy -pensó la tortuga.

-¡Saludos, oh Gran Jefe! ¿Puede decirme el nombre del gran árbol que crece en nuestro pueblo?

- El nombre de ese árbol es U-wun-ge-lay-ma.
-¿Puedes decírmelo una vez más? -le pidió la tortuga.
-U-wun-ge-lay-ma -contestó el Jefe.
-U-wun-ge-lay-ma. ¡Gracias, Gran Jefe! -dijo la tortuga.

La tortuga emprendió el camino diciendo el nombre una y otra vez. Cuando pasó por su casa, su mujer salió a saludarle. Y le dijo:

-Querido marido, debes de estar cansado. ¿Por qué no echas una siestecita?

-U-wun-ge-lay-ma, uno se para cuando llega -advirtió la tortuga tranquilamente.

-¡U-wun-ge-lay-ma! -dijo la tortuga delante del gran árbol.

-¡U-wun-ge-lay-ma! -exclamó el pueblo. El gran árbol balanceaba sus ramas y dejó caer el fruto delicioso al suelo. El pueblo cantó de felicidad. Juntó sus manos y bailó alrededor del gran árbol cantando:

¡Sabemos el nombre y estamos contentos.

Ya nunca más estaremos hambrientos.

Gracias gran árbol. Gracias tortuga!

¿Quién llama en la noche a la puerta de Iván?

Tilde Michels

En un país lejano y frío donde la nieve cae sin cesar,
hay un hermoso bosque,
y en el bosque está la casa donde vive Iván.

Ha llegado la noche; bosque y casa azota la tormenta
Iván se sobresalta y salta de la cama...
¿Quién será el que llama a la puerta?

"¿Quién será?", se pregunta mientras cae nieve y ruge el viento.
Desde afuera responde una liebre con ayes y lamentos:

"¡Ay, ay, déjame entrar, que tengo mucho frío!"
Iván abre la puerta y dice: "¡Adelante!, aquí hallarás abrigo.

Echaré leña al fuego y así tendrás calor."
La liebre se acomoda feliz en el sillón

Iván vuelve a la cama. Ya todo está tranquilo...
"¡Buenas noches!" murmura, y se queda dormido.

Poco dura la calma pues, de pronto, un ruido los despierta.
Los dos se sobresaltan y saltan de la cama...
¿Quién será el que llama a la puerta?

¿Quién será? Esta vez es un zorro,
un zorro pelirrojo de cola muy tupida

que aporrea la puerta con sus patas
mientras muy fuerte chilla:
"¡Ay, ay, déjame entrar!"

La liebre se estremece y levanta las orejas...
"Por favor" dice, "no la dejes pasar;
el zorro es mi enemigo y es seguro que me quiere devorar."

"¡Nada te haré! ...¡lo juro!" grita el zorro, aterido.
"¡Dejadme entrar, por Dios, que estoy muerto de frío!"

Iván abre la puerta al tiempo que le dice:
"Cumple tu juramento y tendrás buen cobijo".
Y el zorro se acomodó muy contento.

"¡Buenas noches!", murmura Iván, y se mete en la cama.
Otra vez reinan la calma y el silencio
mientras afuera arrecia la nevada.

Y ahora, ¿qué sucede que los tres se despiertan?
¡Nuevamente golpes y zarpazos!
¿Quién será el que llama a la puerta?

¡Un oso! Un oso que tiritita ...
Iván da un salto rápido como el rayo;
tiembla la liebre, pero no de frío,
y el zorro está al borde del desmayo. Y gime:
"¡Ay, ay, desgraciado de mí! El oso viene a buscarme
porque ayer la carne le robé
¡Nada ni nadie ya puede salvarme!"

Se equivoca el zorro pelirrojo.
Al oso no le importa nada de nada.
Tan sólo ansía un poco de calor
pues tiene hasta la cola congelada.

Y jura por su honor que será manso si lo dejan entrar.
Iván abre la puerta y dice:
"Acércate a la estufa, te puedes calentar."

Y echa leña y más leña hasta que el fuego crepita y arde.
Y después aconseja:
"Tratemos de dormir, que ya es muy tarde."

El viento sopla y sacude la casa,
caen los árboles bajo la tormenta
Pero los cuatro duermen tan campantes...
¡De nada se dan cuenta!

Y así llegó la mañana. La liebre despertó,
despacito abrió la puerta y por la nieve se marchó.
Mientras corría pensaba, mientras pensaba decía:

"¡Corre que te corre, liebre, que en ello te va la vida!
Ese zorro es muy ladino y tiene mala intención.
¡No creo que en una noche se cambie su condición!"

Cuando el zorro abrió los ojos se despertó contento,
pero al divisar al oso se paralizó al momento.
"Será mejor escapar y librarme de un zarpazo
que un oso es muy peligroso hasta si te da un abrazo."

El oso se quedó solo, abrigado en su rincón.
Muy tranquilo se sentía y miraba en derredor.
De pronto, con gran sorpresa, vio una escopeta colgada ...

¡Aquí vive un cazador... , será mejor que me vaya!
El sol brilla nuevamente y ha cesado la tormenta.
¡Corre que te corre oso, que nadie se dará cuenta!"

Cuando se despierta Iván no entiende lo que ha pasado;
está la casa vacía ... ¿Será que sólo ha soñado?

Pero al mirar hacia afuera ve unas huellas dibujadas
de oso, de liebre y de zorro...
¡Señal de que no lo ha soñado!

Después de lo sucedido con alegría comenta:
"En paz pasamos la noche... ¡Lo que puede una tormenta!"

por una gran ciudad, en la que vivía un hombre sabio y anciano, y el pastorcillo contestó a las preguntas del príncipe amable y hábilmente. Al final quiso saber también su nombre:

-¿Cómo te llamas pequeño pastor?

-Diablito

-¡Qué raro! cómo es que te llamas diablito?

-Porque soy el hijo de un diablo y una diablesa.

-¿Cómo es eso?

-Sí señor, soy un diablo, pues mi madre dice a menudo a mi padre: "Eres el diablo en persona", y él contesta: "y tú eres una auténtica diablesa". Con lo cual yo soy un diablillo.

Toda esta explicación la dio con tanta gracia que el príncipe tuvo que

reírse y puesto que pensaba que el zagalillo era bastante listo, le preguntó:

-Escucha pues, diablillo ¿me puedes decir cuál es el alimento de los alimentos?

-Pero ¡qué pregunta! eso lo sabe cualquier niño. El pan es el alimento de los alimentos, pues todos los hombres lo comen, tanto paganos como cristianos y judíos. Y cada vez que un hombre tiene hambre ¿no reclama siempre pan?

El príncipe estaba convencido de que el pastorcillo había acertado en su respuesta, y por eso siguió preguntando:

-¿Y cuál es la bebida de las bebidas?

-¡Cómo! ¿tampoco lo sabéis? Todo el mundo sabe que el agua es la bebida de todas las bebidas. Los hombres, los animales y las plantas morirían si no hubiera agua. Y cada vez que un hombre tiene sed ¿no reclama siempre agua?

La respuesta le gustó al príncipe tanto como la primera y por eso preguntó por tercera vez:

-Ahora me gustaría saber ¿cual es la especia de las especias?

-Pero, ¿es que hay alguien en el mundo que no lo sepa? La especia de las especias es la sal. Sin la sal las comidas no tendrían sabor, ni siquiera mis ovejas y mis cabras querrían vivir sin sal.

Entonces el príncipe reconoció que también esta respuesta era la mejor explicación y no podía entender cómo no se le había ocurrido a él y que tampoco los sabios ancianos hubieran encontrado esta fácil solución. Regaló al pastorcillo una bolsa llena de ducados de oro, y lleno de esperanza tomó el camino hacia casa.

Cuando llegó a la ciudad donde vivía la princesa, preguntó enseguida si aún seguía soltera y si se había casado ya. Pero a pesar de haber llegado muchos pretendientes, ninguno había encontrado la respuesta, y la princesa había perdido la esperanza de casarse algún día. De forma que el príncipe fue al palacio y dio a la princesa respuestas a sus preguntas. Y ella quedó muy satisfecha. El más feliz era el rey que, por fin, había conseguido casar a su hija. Y así pues celebraron una brillante boda.

El manzano de oro

Cuento bielorruso

Había una vez un hombre y una mujer que tenían dos hijas: una era hija del padre y se llamaba Galia, la otra era hija de la madre y se llamaba Nuna.

La madre mimaba a su hija y la malcriaba pero a su hijastra la trataba con mucha severidad y siempre buscaba el pretexto para mandarla al otro mundo.

Un día, el padre fue a la feria y compró un ternero. Cuando lo llevó a casa les dijo a sus hijas:

-Llévadlo a pastorear por turno, un día una y otro día otra.

El primer día arreó el ternero al pastizal Galia la hija del hombre. La malvada madrastra le dio un huso y una bolsa llena de lino y le dijo:

-¡Ojo! Cuando regreses tienes que haber hilado todo el lino, tienes que haber tejido y blanqueado la tela. Al anocheecer debes traerla a la casa, si no, perderás la vida.

Galia sacó el ternero del establo, le acarició el cuello y se fue con él para el pastizal.

Mientras lo arreaba iba derramando lágrimas amargas. El ternerillo le preguntó:

-Niña bonita, trenza rubita, ¿por qué lloras?

-¡Cómo no he de llorar, ternero! Mi madrastra me ordenó que hile esta bolsa de lino, que teja la tela y la blanquee, y que la traiga a casa al anochecer ... ¿Acaso podré hacer tanto trabajo en un día?

-No llores -repuso el ternero-, arréame al pastizal de la hierba que ansío y del fresco rocío, allí veremos.

Galia arreó el ternero al pastizal de la hierba que ansiaba y que el rocío refrescaba. Sació su hambre el ternero, pastoreó a gusto, y luego dijo:

-Ahora ponme en mi oreja derecha el huso y el lino. Luego sopla en mi oreja izquierda y verás.

Galia puso el lino y el huso en la oreja derecha del ternero, sopló en la oreja izquierda y se puso a mirar. El hilo se hilaba, la tela se tejía, después se blanqueaba y se iba enrollando ...

Cuando terminó el trabajo, Galia tomó el rollo de la tela y, muy contenta, arreó al ternero de regreso.

La malvada madrastra la estaba esperando en el umbral.

- Bueno, ¿hiciste todo?

-Sí -contestó Galia, y le entregó el rollo de la tela hecha. La madrastra, sorprendida, se agarró de la cabeza: ¡Qué trabajo había cumplido su hijastra!

Se acercaron las vecinas y quedaron admiradas: tan fina era la tela que había tejido Galia. Se pusieron a alabarla, y los mejores elogios les parecían poco o nada. Le tocó el turno de arrear el ternero a Nuna, la hija de la mujer.

-Hila el lino, hijita -le dijo- y teje una tela mejor que la que hizo tu hermanastra. Quiero que la gente te elogie a ti y no a ella.

Nuna empuñó un palo de roble y arreó al ternero. Lo iba arreando a golpes, para eso llevaba el palo. El ternero se puso

a brincar para un lado y otro, esquivando los golpes; Nuna lo perseguía, espetando maldiciones. Y tanto corrió, que al fin perdió el huso.

A duras penas metió el ternero en un pastizal sin hierba, tiró la bolsa de lino al suelo y se acostó a dormir. El ternero pisoteó el lino hasta hundirlo en el barro.

Nuna se despertó al anochecer y vio el lino pisoteado y manchado... De nuevo agarró el palo de roble y se puso a castigar al ternero. El ternero se escapó al corral; ella lo perseguía gritándole de todo.

Y en su casa, la madre le preguntó:

-¿Qué tal hijita, hiciste el trabajo?

-No -repuso la hija.

-¿Por qué?

-El ternero tiene la culpa. Por él perdí el huso, después me pisoteó todo el lino en el barro...

La madrastra se enfadó. Fue y le dijo al padre:

-¡Viejo, mata al ternero!

-¡Mujer, estás loca! -El marido la miró con los ojos llenos de asombro-. ¿Por qué lo voy a matar?

Entonces la madre se enfadó y alzó los puños contra él.

-¡Si no lo matas, te voy a echar para siempre con tu hija!

No había manera de convencerla, y el hombre le dijo que iba a matar al ternero para conformarla.

Galia oyó todo, se fue corriendo al establo, abrazó al ternero y se puso a llorar.

-Niña bonita, trenza rubita, ¿por qué lloras? -le preguntó el ternero. Galia le contó las intenciones de su madrastra.

-No llores -le dijo el ternero-. Mejor será que escuches mi consejo. Cuando me maten toma mi hígado, en él encontrarás

una semilla de oro. Planta la semilla en el jardín, junto a la casa. Eso es todo.

Galia le hizo caso al ternero.

De aquella semilla creció un manzano que daba manzanas de oro.

Cierta vez un gallardo y joven príncipe regresaba de caza. Vio el manzano y se detuvo. Levantó la mano para arrancar una manzanita de oro, pero la manzanita ¡tin, tin, tin! se levantó entre las ramas. El príncipe bajó la mano, y la manzanita volvió a ocupar su lugar.

Galia lo vio a través de la ventana y le dijo a la madrastra:
-Voy a arrancarle una manzanita a ese apuesto príncipe.

La madrastra enfadada, impidió a la niña salir al jardín. La agarró y la empujó al rincón detrás de la tina y mandó a Nuna al jardín:

-Mejor será que mi hijita ofrezca una manzana al príncipe. Puede que se enamore de ella -pensó.

Nuna se acercó al manzano, y aquel ¡tin, tin, tin! Se levantó hacia las nubes.

Nuna se enfureció, empezó a insultar al manzano con las peores palabras.

En este momento el gallo estaba paseando por el patio, de un salto se encaramó a la empalizada y se puso a gritar:

-¡Co-co-ro-co! La hija del padre está en el rincón, la escondieron detrás de la tina, y la hija de la vieja quiere arrancar su manzana y casarse con el señor

El príncipe oyó lo que decía el gallo, se apeó del caballo y entró en la casa. Encontró a Galia detrás de la tina, y apenas la vio, no pudo apartar los ojos; tanto le gustó ella.

-Niña bonita -le dijo el príncipe haciéndole una reverencia- dame una manzanita de oro, será un recuerdo tuyo para mí.

Ella se acercó al manzano, y todas las manzanitas cayeron a sus pies. Las juntó en el delantal y se las ofreció al príncipe.

Este la alzó en vilo, compartió con ella la silla de montar y la llevó al castillo de sus padres.

Allí celebraron la boda y empezaron a vivir felices. Tuvieron un hijo muy lindo, y los padres le dieron todo su amor.

Entretanto la malvada madrastra no podía dormir de la envidia, porque el príncipe se había casado con su hijastra y no con su hija. Seguía pensando qué hacer para mandarla al otro mundo.

Una vez le dijo a su hija:

-Nuna, vete a visitar a tu hermanastra. Llámala a bañarse y ahógala en el río.

Ella le hizo caso a su madre y fue de visita al castillo de su hermanastra. La convenció para ir con ella a bañarse, y en el río le dijo:

-Siéntate en el tronco, hermana, te voy a lavar la espalda.

Galia se sentó en el tronco; entonces Nuna la tiró al agua y se escapó a su casa.

Por más que la esperaban, Galia no volvía. El hijito lloraba y nadie podía consolarlo. La niñera lo alzó en brazos y caminó con él por la orilla del río, llamándola:

-Galia, Galia, tu hijo no se calla, llora de hambre.

Las gallinas duermen, los gansos duermen, sólo él no se puede dormir, espera a mamá que está por venir.

Y oyó la voz de su madre y se puso a llorar a gritos.

-¡Ay! ahora voy hijito -repuso la madre-. No soporto tu llanto.

La madre salió del agua, le dio de comer y el hijo se quedó dormido. Entonces ella volvió a lo profundo.

La niñera regresó al castillo y contó al príncipe todo lo que había pasado en la orilla del río.

Al día siguiente el padre llevó al niño en brazos, tomó una manzanita de oro y fue para el río.

Ya en la orilla, se puso a llamar:

-Galia, Galia, tu hijo no se calla, llora de hambre.

Las gallinas duermen, los gansos duermen,

sólo él no se puede dormir,

espera a mamá que está por venir.

Oyó la madre que el hijo seguía llorando, y repuso:

-¡Ay! ahora voy hijito; no puedo soportar tu llanto.

Salió a la orilla, le dio de comer, y el hijo se quedó dormido. Entonces el marido sacó del bolsillo la manzanita de oro y se la dio a su esposa. Apenas ella probó la manzanita de oro, volvió en sí.

El príncipe se puso muy alegre, la condujo al castillo, y de nuevo vivieron felices y contentos y nunca jamás dejaron a la malvada madrastra y a su hija pasar el umbral del castillo.

Robbie era la única persona en el mundo que entendía todo lo que le decía el Viejo Burro. Robbie escuchó al burro con mucha atención y dijo:

-De verdad? ¡Mi padre te quiere vender porque dice que no puedes trabajar? ¡Pues eso es una tontería! Tú y yo nos iremos muy lejos de aquí hasta que encontremos un trabajo que tú puedas hacer, aunque seas viejo y no puedas tirar de una carreta llena de hierro." ¡Anímate, burrito!"

Y así se fueron.

Anduvieron y anduvieron. Robbie iba delante y el Viejo Burro iba detrás, hasta que se encontraron con un gato.

-Buenos días querido Hocico de Leche -dijo Robbie- ¿Has conocido mi Viejo Burro? Es muy simpático aunque sus orejas son poco firmes. Está en el mundo para encontrar algo nuevo. ¿Tienes algún trabajo que pueda hacer?

-Miau -dijo el gato-. Déjame ver si tu burro puede hacer mi trabajo. En la noche cuando todo el mundo en la casa duerme, salen los ratones de sus escondites. Pero allí estoy yo para vigilar que no lleguen a robar el queso y el jamón. Los atrapo con mucha astucia. Déjame ver si tu burro puede hacer mí trabajo. El Viejo Burro intentó cazar ratones, pero por mucho que lo intentó, no lo consiguió.

-Miau -dijo el gato-. Ya sabía yo que no sirves para mucho. Y se fue contento y presumido.

El Viejo Burro estaba tan triste que no podía dar otro paso. Sus dos orejas cayeron hacia la tierra. Ni siquiera Robbie supo que decirle.

Anduvieron y anduvieron. Robbie iba delante y el Viejo Burro iba detrás, hasta que se encontraron con un perro.

-¡Buenos días. Don Pulgoso! -dijo Robbie-. ¿Conoces a mi Viejo Burro? Es muy simpático, aunque sus orejas no son muy firmes. Está en el mundo para encontrar algo nuevo. ¿Tienes algún trabajo que pueda hacer?

-¡Guau! -dijo el perro- Déjame ver si tu burro puede hacer mi trabajo. Yo vigilo la casa de mi amo y si vienen ladrones, despierto a mi amo con fuertes ladridos y salto encima de los ladrones y los muerdo.

El Viejo Burro lo intentó. No ladraba muy bien y no era capaz de, morder ni a un ladrón.

-Guau -dijo el perro-. Esto no es suficiente. Nunca oía nadie ladrar tan mal. Y se fue.

El Viejo Burro se entristeció todavía más.

-¡Alégrate, saleroso! -dijo Robbie-. Claro que no puedes cuidar la casa como Don Pulgoso, el perro, ni atrapar ratoncitos como Hocico de Leche. Pero hay muchas más maneras de trabajar en el mundo.

Y se fueron.

Anduvieron y anduvieron. Robbie iba delante y el Viejo Burro iba detrás, hasta que se encontraron con una vaca.

-¡Buenos días! querida Tiracubos -dijo Robbie-. ¿Conoces a mi Viejo Burro? Es muy simpático, aunque sus orejas son poco firmes. Está en el mundo para encontrar algo nuevo. ¿Tienes algún trabajo que pueda hacer?

-¡Muu! -dijo la vaca-. Déjame ver si él puede hacer mi trabajo. Yo estoy en el campo pastando hierba, y en el momento de ordeñar, le doy al granjero un cubo lleno de leche.

El Viejo Burro lo intentó. Pero no pudo dar ni una gota de leche.

-¡Muu! -dijo la vaca-. No sé por qué te cuidan si comes tanta hierba y no das leche. ¡Qué desperdicio!

Y se marchó.

El Viejo Burro se entristeció aún más.

-¡Alégrate saleroso! -dijo Robbie-. Por supuesto que no puedes dar leche como Doña Tiracubos, la vaca, ni cuidarla casa como Don Pulgoso, el perro, ni atrapar ratoncitos como Hocico de Leche, el gato, pero hay muchas más maneras de trabajar en el mundo.

Y se fueron.

Anduvieron y anduvieron. Robbie iba delante y el Viejo Burro iba detrás, hasta que se encontraron con una pata.

-Buenos días, Chapoteadora-en-el-Charco -dijo Robbie-, ¿conoces a mi Viejo Burro? Es muy simpático, aunque sus orejas son poco firmes. Está en el mundo para encontrar algo nuevo. ¿Tienes algún trabajo que pueda hacer?

-¡Cuac! -dijo el pato-. Déjame ver si él puede hacer mi trabajo. Yo nado en el estanque y mantengo juntos a mis patitos para que no chapoteen por allí y se pierdan.

El Viejo Burro lo intentó. Se metió en el agua e intentó chapotear como un pato. Pero no le salió muy bien. Chapoteó tan fuerte que todos los patitos se asustaron y se fueron a esconder.

-¡Cuac, cuac, cuac! -protestó la pata-. Tendrías que haber ido nadando por encima del agua y no por debajo. Ahora tengo que reunir otra vez a mis ocho patitos para que estén juntos de nuevo.

Y se fue. Ahora, el Viejo Burro estaba aún más triste, y también estaba mojado.

-¡Alégrate, saleroso! -dijo Robbie-. Claro que no puedes nadar como la Señora Chapoteadora-en-el-Charco, la pata, ni dar leche como Doña Tiracubos, la vaca, ni cuidar la casa como Don Pulgoso el perro, ni atrapar ratoncitos como Hocico de Leche, el gato. Pero hay muchas más maneras de trabajar en el mundo.

Y se fueron.

Anduvieron y anduvieron. Robbie iba delante y el Viejo Burro iba detrás. Hasta que se encontraron con un gallo.

-Buenos días, querido señor Cola Encrespada -dijo Robbie-. ¿Conoces a mi Viejo Burro? Es muy simpático, aunque sus orejas no se sostienen derechas. Está en el mundo para encontrar algo nuevo. ¿Tienes tú algún trabajo que pueda hacer?

-Kikiriki -dijo el gallo-. Mi trabajo es el más importante de todos. Cuando sale el sol, despierto a toda la granja con mi canto. ¿Puede tu burro cantar como yo?

El Viejo Burro lo intentó, pero no pudo.

-Kikiriki - dijo el gallo -. Ya sabía yo que nadie en el mundo entero puede cantar como yo. Soy una criatura muy especial.

Y se fue con mucho orgullo y contento de sí mismo.

El Viejo Burro se entristeció mucho. Ya no quería seguir adelante y sus dos orejas cayeron hacia la tierra. Ni siquiera Robbie supo qué decirle.

En aquel momento, pasó un niño. También él estaba triste, lloraba y lloraba.

-¿Qué te ocurre, niño? -preguntó Robbie.

-Antes teníamos un caballo pero mi padre lo vendió -contestó el niño-. Yo esperaba poder montarlo cuando fuera mayor, pero ahora ya nunca podré montar. Por esto estoy triste.

Robbie no sabía qué decir al niño, que seguía llorando. Pero el Viejo Burro tuvo una idea. Sus dos orejas se pusieron muy tiesas, y acercándose a Robbie, le susurró algo al oído...

Robbie recogió al pequeño y lo montó a lomos del Viejo Burro. El niño dejó de llorar, y sus ojos se iban agradando según paseaban por los campos.

Robbie guiaba al burro, ni muy rápido, ni muy lento.

Entonces llegó el padre de Robbie, el herrero. Sonrió al ver a Robbie con el Viejo Burro y el niño.

-¡Mira! -dijo Robbie-, el Viejo Burro ha encontrado el trabajo apropiado para él. No sabe cantar como el gallo Cola Encrespada, ni nadar como la señora pata Chapoteadora-en-el-Charco, ni dar leche como la vaca Tiracubos, ni cuidar la casa como el perro Don Pulgoso, ni atrapar ratoncitos como el gato Hocico de Leche. Pero ha encontrado un trabajo que puede hacer mejor que nadie en el mundo. Ningún animal podría hacerlo que está haciendo. ¡Ya me gustaría ver al gallo en esta situación!

Entonces vinieron los demás animales y vieron qué feliz era el Viejo Burro.

Y el Viejo Burro se fue y vivió con el niño. Muchos otros niños vinieron a verle y a montar a lomos del Viejo Burro. Y Robbie venía a verle cada día y le traía turriones de azúcar. Y el Burro Viejo dio paseos a todos los niños hasta el final de sus días.

El pastor y el lobo

Érase una vez un pastorcillo que subía a la majada todas las mañanas con sus ovejas.

La vida de pastorcillo transcurría tranquila y sosegada por aquellos pastos, sólo muy de vez en cuando se trastocaba esta paz cuando el lobo negro y fiero aparecía hambriento y quería llevarse alguna oveja para su cena. Esto sólo sucedía de Pascuas a Ramos y nuestro zagal se aburría soberanamente contemplando a los corderos.

Un día se le ocurrió una idea para pasarlo bien y reírse de sus amigos. En una mañana sosegada como las otras, el pastorcillo comenzó a gritar:

-¡Que viene el lobo... que viene el lobo...!

Sus amigos que lo oyeron desde el pueblo dejaron sus ocupaciones y corriendo corriendo, subieron en su ayuda.

Pero cuál no sería su sorpresa que, cuando llegaron a la majada allí no había ni atisbos del lobo y se encontraron al zagalillo que dando grandes carcajadas les decía:

-Os he engañado, os he engañado...

Con mirada torva, engañados y abatidos se fueron los amigos del pastor a reanudar sus ocupaciones.

¡Pues señor! Pasó el tiempo y el pastorcillo harto de tocar la flauta y de hablar con los pájaros, quiso volver a hacer la misma broma y comenzó a gritar:

-¡Que viene el lobo, que viene el lobo...!

Raudos como gacelas sus amigos del alma cogieron palos y herramientas y corriendo corriendo, subieron en su ayuda, pero al llegar a la majada, el lobo no apareció por ningún lado. Imagínate la cara que se les puso cuando una vez más se sintieron engañados. El pastor reía y reía pateando a carcajada limpia diciendo:

-Os he engañado... os he engañado...

Volvieron sus amigos al pueblo cansinos y enfadados a reanudar sus ocupaciones. Una tarde serena y clara en que el pastor dormitaba sobre la hierba, oyó balar a sus ovejas de modo extraño y al levantar la cabeza vio cómo un lobo enorme y fiero correteaba a sus corderos con las fauces abiertas dispuesto a zamparse alguno. Corriendo volando, se subió a un árbol y comenzó a gritar:

-¡Que viene el lobo... que viene el lobo!

Esperó y esperó pero nadie llegó. Entonces siguió gritando más fuerte todavía:

-¡Que viene el lobo... que viene el lobo...!

Sus amigos lo oyeron como en otras ocasiones y dispuestos estaban a volver a subir a la majada para ayudarlo, pero se acordaron de las otras veces que fueron mentira sus lamentos y siguieron con sus tareas como si tal cosa.

El pobre pastor gritó y gritó pero nadie acudió en su ayuda y vio como delante de sus narices el malvado lobo se llevaba a la más gorda de sus ovejas y cómo las demás huían monte abajo en busca de refugio. Desde entonces nuestro pastorcillo procuró hacerles otro tipo de bromas a sus amigos, les pidió perdón y cada día intentó cuidar más y mejor a sus queridas ovejitas.